



# LAS CENIZAS DEL VÍSTULA



**Esteban Camacho**



I

## La confesión

La historia comenzó hace ya mucho tiempo y tratará de narrarse con la mayor fidelidad posible, ya que algunos detalles se tornan difusos.

Una llovizna tenue y persistente caía aquella tarde de otoño de 1972 sobre el tranquilo pueblo ubicado en el interior bonaerense. Sus calles de tierra se habían convertido en un lodazal desde horas tempranas, pues las fuertes lluvias matutinas habían castigado a la zona sin piedad. El padre Román D'Angelo caminaba con cuidado, esquivando charcos y procurando que un resbalón no le jugara una mala pasada. Sin detener su marcha y sosteniendo con firmeza el mango del paraguas con su mano izquierda, sacó un pañuelo de su bolsillo con la derecha y secó su rostro helado y empapado, al tiempo que sus malabares apenas lograban evitar que el viento le despojara de su sombrero negro de ala ancha. El pueblo tenía un aspecto triste; su usual colorido, con niños jugando en las calles a plena luz del sol y adultos hablando alegremente, había permutado ahora en un paisaje gris y desolado, mimetizado con el color del cielo. Pronto oscurecería aún más y sólo se escuchaba la melodía del croar de las ranas, interrumpida cada tanto por el ladrido lejano de algún perro vagabundo.

Había mucha tranquilidad y aire puro, que esa tarde en particular se percibía mezclado con el aroma del pasto húmedo. En líneas generales, el pueblo era una de esas típicas postales campestres que se repiten en la pampa húmeda: un pequeño asentamiento enclavado en un entorno rural, habitado por gente leal, solidaria, trabajadora y amante de la vida sencilla, que intenta con suerte diversa conservar sus tradiciones. Un paraíso para quienes disfrutaban de la tranquilidad y de la vida al aire libre.

Aunque pareciera que el progreso y la modernidad del siglo XX habían pasado de largo por aquel pueblito, no por ello dejaba de tener su encanto, materializado en las construcciones sencillas de cemento, las pulperías, los almacenes de campo con viejos ladrillos a la vista y las calles de tierra (sólo

unas pocas estaban adoquinadas). Si bien cada tanto el ruido del motor de un auto o de una camioneta aportaba una nota discordante a la melodía silenciosa que envolvía deliciosamente a esa geografía, el caballo o el “sulky” eran los medios de locomoción por excelencia. Podría asegurarse que no había ansiedades ni vehículos que fueran allí necesarios, para concretar las escasas diligencias que la cotidianidad de ese lugar requería.

La plaza principal, de perfecta geometría cuadrada y rodeada por calles, ellas sí, enteramente empedradas, se mostraba orgullosa, muy limpia y cuidada, luciendo en su centro la estatua de un prócer. Cualquier visitante podría pararse frente a esa estatua y enterarse de sus hazañas leyendo las inscripciones grabadas en la impecable placa de bronce que lucía el monumento en su parte inferior y elevando la vista hacia el norte encontraría que, más allá de la calle, aparecía la pequeña comisaría con la camioneta policial un tanto destartalada, estacionada a 90°, justo frente a la puerta. Traspasando ésta, que siempre estaba abierta, el visitante podría divisar dos policías intentando amenizar la jornada con charla y mate, esperando en vano alguna denuncia. Anexado a la comisaría, un garaje con sus puertas abiertas de par en par hacía las veces de cuartel de bomberos, albergando un vehículo rojo cuyo estado no parecía mucho mejor que el de la camioneta anterior. Más allá del cuartel, la pequeña oficina de la delegación municipal, algunas viviendas y, llegando a la esquina, la salita de primeros auxilios, la cual incluía un lugar cubierto para la única ambulancia disponible en el pueblo.

Junto a la comisaría, pero en la otra esquina, se alzaba una sucursal del Banco de la Nación Argentina, con su puerta giratoria vidriada y viejos mostradores de madera. Por increíble que pudiera parecerle al habitante de una gran ciudad, rara vez los trámites demandaban mucho tiempo allí.

Desplazando su vista hacia el este, el visitante contemplaría la vieja parroquia de paredes blancas y su campanario, ocupando, con la escuela y sus jardines anexos, la cuadra entera. El edificio de la parroquia contaba con unas pocas escalinatas y una reja metálica pintada de color gris, de altura considerable, empotrada en un pequeño tapial de cemento, que marcaba el límite del emplazamiento con la acera. Detrás del edificio religioso nacía un solitario y angosto camino de tierra, con algo más de 2km. de extensión frondosamente arbolado a diestra y siniestra, detalle que le confería un aspecto algo sombrío y que conducía directamente, como no podía ser de otra manera, al cementerio del pueblo.

Si el visitante mirara hacia el sur, podría apreciar, confundidas entre algunas viviendas, la estafeta postal y el almacén de forrajes. Tampoco podría

pasar por alto la pequeña y pintoresca hostería que, vale aclarar, era la única existente en el pueblo.

Finalmente, hacia el oeste aparecía la sociedad de fomento, un lugar amigable donde no pocos lugareños acostumbraban diariamente disfrutar de un desayuno o una merienda. Algunos concurrían allí simplemente para no perder la costumbre de efectivizar las sanas relaciones sociales; otros para jugar al billar, leer el periódico o tal vez practicar algún deporte, sea en las canchas de tierra o en el gimnasio cubierto. No faltaban quienes aprovechaban las mesas al aire libre para jugar a los naipes, al ajedrez o a las damas, durante las tardes soleadas. Y por supuesto, como el lector imaginará, también eran comunes las reuniones de gente mayor, en las cuales los más diestros desplegaban todas sus habilidades en el tradicional juego de bochas.

Al lado de la sociedad de fomento, se erigía un pequeño museo campesino, luego unas pocas viviendas y, ya en la esquina, un enorme almacén de ramos generales. Cruzando en diagonal, el visitante se encontraría nuevamente con el banco. Precisamente, entre ambas ochavas nacía una calle rudimentariamente asfaltada. Bastaba circular por allí unos pocos metros para toparse con la precaria terminal de ómnibus, ubicada junto a la estación de servicio YPF y frente a una de las dos pulperías presentes en aquella localidad. Avanzando un poco más y luego de atravesar el paso a nivel, podía verse ya la pequeña rotonda que marcaba la entrada a la ruta, en cuyo centro un cartel rodeado de césped y flores multicolores indicaba el nombre del pueblo, dando la bienvenida al mismo o deseando un feliz viaje, dependiendo del sentido de circulación.

El paso a nivel interrumpía la doble línea de alambradas y eucaliptus que custodiaban la única vía del tren, el cual sólo pasaba cuatro veces al día: por la mañana a las 8 y por la tarde a las 20, en sentido oeste. Dos horas después de cada una de estas frecuencias, aparecía nuevamente la formación, en sentido este. No existía en ese pueblo una estación de ferrocarril propiamente dicha sino un simple paradero, esto es, una plataforma de cemento con una construcción de reducidas dimensiones donde se encontraba la boletería (que nunca operaba, pues los pasajes se adquirían a bordo del tren) y una humilde sala de espera con unos pocos bancos de madera pintados de naranja, para amenizar aquélla o resguardarse de eventuales temporales. Se accedía al paradero mediante un camino angosto de tierra y canto rodado que bordeaba la alambrada, y luego de atravesar un molinete enclenque y oxidado. Cuando el ferrocarril se acercaba había que hacerle señas al maquinista para que se detuviera. Si era de noche y no se disponía de una linterna, lo más probable

era que el tren siguiera de largo, pues los pocos faroles que allí había rara vez funcionaban y el lugar lucía semejante a un páramo oscuro. En ese caso, el forastero debía regresar al pueblo y esperar hasta la mañana siguiente.

El guarda del paradero, un personaje pintoresco vestido de gris, con gorra y grueso bigote del mismo color, solía pasearse por la plataforma junto con su perro durante las mañanas soleadas, anunciando a viva voz la proximidad del tren, aunque no hubiera viajeros y siempre con aires de creerse el dueño del lugar. En realidad lo era ¿quién diría lo contrario? Hacía su propio horario, desapareciendo como por arte de magia a la hora del almuerzo. Cumplida la infaltable siesta y sin discriminar entre verano e invierno, le gustaba tomar mate en medio del paisaje que rodeaba al paradero, recostado sobre una de las paredes de la boletería e improvisando un asiento con un cajón de cerveza dado vuelta. Su perro, animal de andar cansino, de pelaje color negro amarroado, tan viejo y astuto como el dueño, parecía querer imitarlo, y perdía su mirada en la misma dirección que éste, interrumpiendo su ensoñación ante la inminencia de un convite de galleta marinera que el anciano le revoleaba para que la cazara al vuelo, y expresara después su gratitud con un sonoro ladrido y un movimiento oscilante de su cola, a modo de lisonja. Cuando el hombre gozaba de buen humor, su pasatiempo favorito consistía en llenar la cabeza de eventuales viajeros con las interminables historias del pueblo, interesantes en la mayoría de los casos, siempre que el recuerdo no diera lugar al invento frecuente. Eso sí, ante las primeras señales de la caída del sol o vestigios de tormenta, hombre y perro se esfumaban sin previo aviso.

Como dato anecdótico, digamos finalmente que resultaba imposible permanecer en ese lugar sin aspirar el típico olor a aceite de motor diesel que, impregnado en los durmientes de madera y en el lecho de piedras de las vías, impresiona con agrado el sentido del olfato, sensación experimentable con exclusividad en los pueblos de campo.

Retornando nuestra imaginación a la plaza principal, en sus alrededores y conformando una especie de abanico imperfecto se extendían unas pocas cuerdas ocupadas por casas, chacras y algunos comercios perdidos en las distintas callejuelas de tierra. Justamente por una de ellas transitaba con dificultad aquella tarde lluviosa el padre Román D`Angelo, casi adivinando el camino, debido a la luz tenue que emanaba de los escasos postes de alumbrado callejero, cuyo funcionamiento normal obedecía a una intermitencia exasperante. El ruido del movimiento furioso de las ramas de los árboles, ya con escasas hojas amarillentas, al compás de una ventisca repentina, era el estímulo au-

ditivo predominante para el cura al momento de detenerse frente al domicilio de la persona que se aprestaba a visitar. Respiró aliviado al llegar a destino, pues el cielo gris se tornaba negro, su cara estaba nuevamente empapada y el frío calaba sus huesos.

La fachada de esa vivienda denotaba poco mantenimiento: las paredes de color amarillo pálido sucio clamaban por pintura y algunas maderas del cerco necesitaban ser refaccionadas; en contraposición las plantas, las flores y el césped del jardín lucían impecables. A través de la ventana de la cocina, era factible percibir la silueta difusa de un hombre, a quien fácilmente el sacerdote pudo reconocer como el dueño de casa, a pesar de la raída cortina blanca que enrarecía la imagen. Traspasó entonces la pequeña puerta de madera que separaba la vereda del jardín y tocó el timbre, un viejo aparato de plástico, de forma redonda, ennegrecido, aunque en sus buenos tiempos habría lucido seguramente un color blanco inmaculado. Presentaba un botón en el medio, un pequeño cilindro del mismo color y material, casi en el aire, pendiendo de un alambre tipo resorte, pero que al posicionarlo nuevamente en el orificio y presionarlo, insólitamente hacía contacto. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y apareció ante él un hombre que aún conservaba un porte esbelto, sin perjuicio de haber superado largamente los setenta años de edad. De inmediato, el hombre se adelantó para estrecharle la mano e invitarle a entrar:

—¡Padre D`Angelo! Al fin llegó, que gusto verle. Gracias por venir.

—¿Cómo está, don Hans?

—Muy bien, sufriendo a causa de la humedad, pero bien. Pase por favor, ¡está empapado!

—Le pido disculpas por la demora. Vine tan pronto como pude.

—No hay problema. Permítame su paraguas, su sombrero y el piloto. Beberemos algo caliente.

—Gracias, don Hans... ¡Ah, pero qué agradable está aquí! Pararme unos instantes junto a la estufa me devolverá el alma al cuerpo.

—Pise aquí la alfombra, así puede limpiar sus zapatos.

Hans Schmitt era el nombre del dueño de casa, un hombre mayor de ascendencia alemana quien había llegado al pueblo décadas atrás. De contextura fornida y rostro surcado por numerosas arrugas que develaban el paso del tiempo, conservaba aún buena parte de su cabellera canosa. En el pueblo, como no podía ser de otra manera, todos lo conocían como “el alemán”, apodo poco original si se quiere, pero preferible a tomarse la molestia de intentar pronunciar correctamente un apellido que, por otra parte, casi nadie recorda-

ba. Era más sencillo así y como por lo general la ecuación “simple igual feliz” funciona, ése fue su sobrenombre desde el mismo momento en que llegó al pueblo y comenzó a ser conocido por los lugareños. De temperamento introvertido y rasgos duros, era hombre de pocas palabras pero amable a la vez, excepto cuando encontraba un motivo para enfadarse: en tal caso, era mejor mantenerse alejado. En contadas ocasiones montaba en cólera, reacción indeseable que al menos en su condición afloraba probablemente como consecuencia del paso de los años y quizá de las circunstancias, pero la mayoría de sus conocidos jamás lo había visto en ese trance. Hablaba en forma lenta y pausada. Por supuesto, nunca perdió el acento alemán, que se mezclaba graciosamente con la tonada provinciana.

De tez blanca, su rostro estaba bien proporcionado, su nariz era recta, sus orejas pequeñas y sus ojos, de un color celeste grisáceo y remarcados por un par de cejas finas, transmitían cierta melancolía, aunque no por ello su mirada dejaba de ser fría y penetrante, casi inquisidora. Supo ganarse la vida como electricista, panadero y profesor de violín, aunque ya estaba retirado, razón por la cual sólo algunos trabajos esporádicos, sumado a unos ahorros y una magra jubilación, le aseguraban una digna subsistencia. Tenía fama de ser una persona metódica y eficiente en todo aquello que emprendiera, incluso hasta límites obsesivos.

Poco se sabía, a ciencia cierta, sobre su pasado. Alguna vez mencionó, sin entrar en detalles, que había arribado al país cuando era muy joven, procedente de la ciudad de Berlín, huyendo de los presagios de la guerra que ya asomaba en Europa. Una vez en Argentina, dijo haberse afincado al principio en la ciudad de Buenos Aires, donde encontró trabajo como ayudante de electricista. Con el correr de los años se aventuró a probar suerte en otros destinos del país hasta recalar en el pueblo, del cual quedó fascinado por su belleza y tranquilidad desde el mismo momento en que lo vio, adoptándolo de inmediato. Nunca se le conoció una mujer con la que formara pareja estable, si bien oportunidades no le faltaron. Su dedicación al trabajo había sido casi absoluta y ahora, con mayor disponibilidad de tiempo, podía dar rienda suelta a sus aficiones favoritas: el violín, la lectura y la huerta que tenía en el fondo de la casa, junto al horno donde esporádicamente solía cocer su propio pan.

Jamás se acostumbró al mate: por la mañana, luego de levantarse a las seis en punto, sólo desayunaba té o café con tostadas, mientras escuchaba la radio y leía el periódico, que recibía puntualmente cada día. A las ocho daba inicio a sus tareas en la huerta, donde cuidaba sus plantaciones de tomate, zanahoria, lechuga, frutilla o albahaca, según la estación. Contaba también

con un gallinero, para asegurar la provisión de huevos y cuya limpieza le ocupaba gran parte de la mañana. En un rincón del parque se alzaba un limonero y, cerca de él, la parrilla y el horno de barro. A continuación, seguía el aseo doméstico, un ambiente cada día, a fondo y lavado de ropa si lo ameritaba.

Antes del mediodía cortaba estas actividades para preparar el almuerzo, que era liviano y estaba listo a las 12 en punto. Los almuerzos se continuaban con una siesta, entre las 13:30 y las 15 horas. Luego llegaba el turno de la ducha y el violín, hasta las 17, momento en que preparaba la merienda: nuevamente té o café, pero en lugar de tostadas, unas pocas galletas. Entre las 18 y las 20 era tiempo libre: podía emplearlo en pasear, hacer las compras, planchar ropa o cualquier otra actividad, pero a las 20 en punto encendía la radio y comenzaba con los preparativos de la cena, que debía estar servida a las 21. Jamás contó con un aparato de TV, pues lo despreciaba. A las 22 apagaba la radio, luego de asear la vajilla y se disponía a la lectura o escritura, pues llevaba adelante la elaboración de sus memorias, que también servían como registro de sus reflexiones. Estas actividades eran sus compañeras obligadas hasta pasada la medianoche, momento en que se retiraba a descansar. Obsesivo con los horarios y con la diagramación diaria, se mostraba molesto cuando por algún motivo debía apartarse de esta concienzuda planificación.

Rara vez concurría a reuniones o fiestas populares: sus únicas salidas, no muy frecuentes y siempre en la banda de 18 a 20 horas, consistían en caminar por la plaza y beber cerveza en una de las dos pulperías del pueblo, preferentemente en soledad. Disfrutaba del aislamiento. Fumaba bastante y ése era en realidad su único vicio desde que años atrás abandonó sus visitas a un burdel de baja reputación, ubicado en los límites del pueblo (todas las semanas, miércoles y domingos, en la banda de 22 a 0 horas).

Frente a él estaba ahora el padre Román D'Angelo, a cargo de la parroquia del lugar. De mediana estatura, tez trigueña y algo de sobrepeso, se trataba de un hombre muy inteligente, educado, querido y respetado por todos los vecinos. Era muy formal y contaba con las gratas virtudes que su investidura religiosa requería, fundamentalmente la paciencia, la prudencia, la predisposición al diálogo y la comprensión. Siempre estaba dispuesto a escuchar y a dar un certero consejo a quien lo necesitase.

—¿Café o té, padre? O tal vez prefiera algo fuerte; tengo un buen coñac.

—No, nada de alcohol por favor. Un té está bien, si no es molestia.

—Desde luego. Lo acompañaré con uno, yo también.

Como el agua estaba a punto de hervir, preparó dos tazas sobre la mesada de mármol, puso un saquito de té en cada una de ellas y la azucarera sobre la mesa. El viejo reloj cucú de madera, colgado en la pared, anunciaba definitivamente que la tarde pronto llegaría a su fin.

—¡Qué tarde se ha hecho!

—Ya le dije, padre: no hay problema. ¿Qué pasó? ¿Mucho trabajo?

—Bastante. Estamos haciendo algunas refacciones en la parroquia. Justo hoy vino también doña Elisa, para contarme algunos problemas personales y confesarse, por eso me retrasé. Pero no quiero abrumarlo; ya estoy aquí y bastante intrigado don Hans. Algo importante ha de ocurrirle para que me llame en una tarde de perros como ésta ¿no es así? —bromeó el sacerdote.

El alemán, que estaba a punto de volcar el agua caliente en una de las tazas, de pronto se detuvo por un instante, mirando fijo la mesada, con la pava a mitad de camino, en el aire, estática. Era ya evidente para él que no habría vuelta atrás; había llegado el momento de decir lo que por tanto tiempo había guardado para sí, tan celosamente. Sin mediar palabra, terminó de servir el té, con mucha calma. Acercó la taza al invitado, dispuso la suya sobre el mantel que cubría la mesa de madera, tomó asiento frente a él y lo miró directo a los ojos. En un instante, la sonrisa del padre D`Angelo se transformó en una mueca curiosa y la tensión era tal, que el aire en aquella cocina se cortaba con el filo de una navaja.

El cura, que conocía muy bien a su interlocutor, presintió que algo no andaba bien. No tenía idea alguna acerca de su problema, pero seguramente lo que iría a contarle era algo fuera de lo común. Le costaba comenzar a hablar, eso era evidente. La mirada, la postura y los gestos del alemán no eran los acostumbrados. El destello luminoso de un relámpago, filtrándose a través del vidrio de la ventana, se reflejó en los ojos celestes e imperturbables del germano, confiriéndole en aquella fracción de segundo un aspecto casi demoníaco. Ni siquiera el espantoso rugido de un trueno que se dejó oír inmediatamente después y que sobresaltó al clérigo, anunciando la reanudación del aguacero, logró desconcentrar a aquel hombre que ahora parecía un extraño.

El padre D`Angelo, perturbado por la escena y alcanzando a vislumbrar una situación fuera de lo normal, estiró instintivamente el brazo y apoyó su mano sobre la de don Hans, con la intención de infundirle ánimo.

—Don Hans ¿qué le pasa? ¿se siente bien? —atinó apenas a balbucear.

El hombre reaccionó, encendió un cigarrillo, bajó lentamente su cabeza, tomó fuerzas y, alzando su mirada en forma repentina para encontrar la del religioso, le dijo:

—Padre... ¿Qué diría usted si le cuento que una persona muy allegada, una persona de mi extrema confianza decide confesar ciertos... llamémosle errores... que cometió en el pasado?

—Pues diría que hace muy bien. Confesar los pecados no sólo le ayudaría a desahogarse, sino también a crecer espiritualmente y estar en paz con el Señor, aunque desde luego sería necesario un arrepentimiento sincero.

—¡Ajá! —asintió el alemán, serio, con un movimiento de su cabeza.

—¿De qué clase de errores, como usted dice, estamos hablando?

—¡Uh! Errores, errores muy grandes. Yo diría, para ser franco... horrores. Por lo menos, desde el punto de vista de la fe católica y del ideario colectivo. Pero junto al horror, una historia increíble.

—¡Caramba, don Hans! Veo que el asunto es grave. —agregó el sacerdote, confirmando sus peores sospechas.

—Sí, claro. Muy grave, muy grave. Veámoslo de esta manera: suponemos que esa persona está o no verdaderamente arrepentida, pero decide confesar. Esa confesión sería un secreto entre esa persona y usted... ¿Me equivoco? —preguntó el alemán con un cierto gesto dubitativo que intentaba a su vez forzar la afirmación del cura.

—Bueno, siendo así, esa persona debe tener una carga emocional muy fuerte; una culpa que sin dudas debe querer mitigar y...

—Sin dudas.

—Yo podría ayudarle. De alguna manera, mi misión es aconsejarle para que pueda volver a la senda correcta. Está claro que nadie está libre de equivocarse. En cuanto al secreto, existe lo que se llama el secreto de confesión.

—Digamos que, al menos, usted no lo juzgaría. Más bien lo escucharía y lo ayudaría, me refiero al aspecto espiritual.

—Por supuesto que sí. Si no hiciera eso, no tendría vocación religiosa y toda mi trayectoria hubiera sido en vano. ¿Por qué tanto misterio, don Hans? ¿Quién es esa persona?

—Padre, en realidad, esa persona está frente a usted y debería decirme... don Hermann, don Hermann Brietke.

Entre el gesto de incredulidad del sacerdote, quien no sabía a ciencia cierta cómo reaccionar y el del alemán quien, intrigado, pretendía predecir cómo reaccionaría aquél, hubo un silencio sepulcral, que se apoderó del ambiente por un momento.

—¿Don Hermann... Brietke? —murmuró el sacerdote, entre confuso e incrédulo, con una sonrisa nerviosa— ¡Déjese de bromas, don Hans!

—Mucho me temo, padre, que no se trata de una broma. Ojalá lo fuera. Ése es mi verdadero nombre; el de Hans Schmitt que utilicé todos estos años es uno alternativo, falso para decirlo con todas las letras, pero necesario para esconder mi verdadera identidad.

La sorpresa era mayúscula. El padre D'Angelo, boquiabierto, encogió los hombros en un gesto de ingenuidad que esperaba una explicación. Pretendió seguir convenciéndose de que en efecto se trataba de una broma pero pronto, al advertir la seriedad en el rostro de su interlocutor, exclamó:

—Disculpe, pero temo que no entiendo nada. ¿De qué se trata esto? La persona de la que hablaba... ¿Es usted mismo?

—¡Sí, esa persona soy yo! —confirmó el alemán con determinación.

E inmediatamente completó, colocando ambos brazos al costado del cuerpo y abriendo sus manos, como buscando atajarse de la reacción del cura:

—Lo sé, padre, lo sé. Entiendo que esto es muy difícil, que parece una broma de mal gusto pero no lo es. Hay algo muy serio que debo contarle: un secreto, un maldito secreto. Lo he guardado casi treinta años pero... ya basta. Es hora de que ese secreto vea la luz. Ya no puedo lidiar con él, no tiene sentido y nadie mejor que usted para confiárselo.

En ese momento, don Hans o, para mayor precisión, don Hermann, miró hacia el techo y allí se quedó, con evidentes esfuerzos por retener las lágrimas, hasta que no pudo más. Bajó su cabeza, apoyando su cara en el antebrazo izquierdo, para romper inmediatamente en un llanto desgarrador. El padre D'Angelo, cada vez más desconcertado, tomó aire, acercó su mano y acariciando la cabeza del alemán durante unos segundos intentó, con voz suave, consolarlo:

—Don Hans, no puedo negar que me ha sorprendido. Esto no lo hubiera imaginado nunca y sí, estoy confundido. Entiendo lo difícil que deber ser esto para usted, es natural que así sea pero sepa que para mí seguirá siendo siempre don Hans. No tengo idea de cuál es ese secreto del que habla pero sea lo que sea puede confiar en mí, se lo prometo. Cálmese por favor y dígame lo que tenga que decir. Yo le escucho; recuerde que soy sacerdote, no juez, y nuestro único testigo es el Señor Todopoderoso, quien sabe entender y perdonar.

El alemán, que demoró un buen rato en recuperarse, levantó al fin lentamente su cabeza, enjugó sus lágrimas, primero con sus manos y después con el pañuelo húmedo que le acercó el sacerdote. El padre D'Angelo lo observaba detenidamente mientras revolvió el azúcar en su infusión y procuró no

forzar la situación, respetando los tiempos de su atormentado anfitrión. Poco después, recobrada la compostura, bebieron ambos unos sorbos de té y el alemán, en forma lenta y entrecortada agregó:

—Debe prometerme que escuchará lo que tenga que decirle hasta el final, en lo posible sin interrupciones y, por sobre todas las cosas, sin juicios de valor. Insisto en que no es fácil para mí ¿entiende?

—Claro que sí, se lo prometo. —asintió el cura, cerrando fugazmente los ojos y mirándolo con un gesto entre comprensivo y preocupado.

En ese momento, don Hans asumió su identidad y, pasando a ser “don Hermann”, sintió que se le caía el mundo encima. Dudó si había obrado bien llamando al cura, quien se presentó a última hora de una tarde fría y lluviosa, para contarle un secreto guardado durante décadas y que ahora estaba a punto de dejar de serlo. Tal vez aún estaba a tiempo de revertir la situación. Podría sacar de la galera alguna excusa: contarle, por ejemplo, algún pecado de juventud y exagerarlo dramáticamente, fingiendo haber vivido atormentado todos estos años. Sin embargo, volvió sobre sus pensamientos y se dio cuenta de que ya no era posible. ¿Qué simple pecado de juventud podría haberse convertido en un horror hasta el punto de que le obligara a cambiar su identidad? Recordó de pronto, con inquietud, el caso de Adolf Eichmann, el famoso ex jerarca nazi de las SS experto en la logística del Holocausto y a quien conoció personalmente en los años cuarenta. Eichmann había sido descubierto y atrapado por los servicios secretos israelíes en un paraje solitario del Conurbano bonaerense, pocos años atrás. Al igual que don Hermann, había sido siempre muy cuidadoso y reservado, pero uno de sus hijos habló de más y esa fue su perdición. Un solo error y fue atrapado, sedado, trasladado clandestinamente a Israel en un vuelo comercial de El Al, juzgado y condenado a muerte.

Ahora, don Hermann debería correr el riesgo de tener que enfrentar la misma suerte. Lo mejor que podía hacer era tratar de liberar su alma, desahogarse y confesarle la verdad a un sacerdote de confianza, que de hecho aquella tarde lo tenía frente a él. La confesión le ayudaría a aliviar su vapuleada conciencia y, tal vez, hasta podría aspirar a un tibio perdón. O tal vez no, pero qué importaba ya. Mientras el cura una vez más lo miraba a los ojos y le invitaba a comenzar con un movimiento suave de su mano y un gesto complaciente, don Hermann le desvió su mirada para clavarla en el mantel a cuadrillé blanco y rojo que vestía la vieja mesa de madera. Su cara era de resignación e impotencia, sus ojos estaban enrojecidos y semiabiertos. Sus manos y su frente, a pesar del frío, sudaban.

Dicen que los acontecimientos de nuestra vida quedan registrados, aunque no los recordemos. En estos casos, los llevamos dentro nuestro todo el tiempo, contenidos en nuestro plano inconsciente. En otros, por alguna razón los recordamos en forma permanente, es decir, quedan en nuestro plano consciente: algún consuelo en particular que nuestra madre nos dio de chicos ante un problema, el primer amor, el casamiento, el nacimiento de nuestros hijos, el día que obtuvimos un título, la entrevista fallida por la que perdimos un trabajo importante o aquella pelea callejera en la cual nos pusieron un ojo morado. Para recuperar los recuerdos del inconsciente, los “olvidados”, resulta necesario apelar a ciertas herramientas, siendo la memoria emotiva una de las más eficaces. Entonces, en un contexto de relajación y concentración, apelamos a la estimulación de nuestros sentidos con la esperanza de que una imagen mental, una fragancia, un sonido específico o la percepción táctil de la rugosidad de un objeto constituyan acciones que estimulen esta memoria y permitan acceder a los recuerdos, trayéndolos del pasado a nuestro plano consciente. Pues bien, don Hermann no necesitaba recurrir a la memoria emotiva ni a ninguna otra herramienta; esa tarde, sus recuerdos estaban listos para salir a la luz, en perfecta cronología. Se le cruzaba por la mente la sucesión de hechos de su pasado mediante los cuales tenía motivos suficientes para ensayar un arrepentimiento o implorar perdón, aunque no parecía muy decidido a ello. Detalles que creía olvidados afloraban en forma espontánea, aterrorizándolo. Su cuerpo daba muestras de ello, como si un flagelo repentino se apoderara de él y le provocara una vibración instantánea, para recobrar la compostura un instante después. El cura lo miraba, no entendía. ¿Qué podía entender?

De repente, el alemán hizo un gesto rápido, cerró su puño derecho con el que golpeó secamente la mesa, apagó el cigarrillo, se echó hacia atrás sobre el respaldo de la silla, se cruzó de brazos y miró al sacerdote con determinación. Bebió otro sorbo del té y a continuación encendió un segundo cigarrillo. Dirigió la mirada hacia el mantel y volvió a clavarla allí por unos instantes, buscando en el interior de su alma una voz que le indicara por dónde comenzar. La alzó a continuación hasta encontrar la del cura y le dijo con tono calmado:

—¿Escuchó hablar alguna vez de Rudolf Höss?

—No. No tengo idea de quién es ese señor.

—Pues, ahora va a conocerlo. Es necesario que le cuente acerca de él. Precisemos: fue un jerarca nazi, el primer y más importante comandante del campo de exterminio de Auschwitz y no creo equivocarme si le digo que se trató de un verdadero profesional de la “Solución Final”.

—¿...Y? —le invitó a continuar el cura, temeroso, acompañando con un gesto de su mano, aunque ya vislumbraba lo que el alemán iría a decirle. Rogaba interiormente que no fuera eso.

—Yo..., yo serví con él en las SS, durante la Segunda Guerra Mundial. Para ser más claro: llegué a ser un hombre de su extrema confianza, una especie de mano derecha.

El padre D`Angelo se echó hacia atrás, pegando su espalda al respaldo de la silla y dejando caer sus brazos con gesto grave.

—¡Válgame Dios! No puedo creerlo, don Hans... o don Hermann —exclamó el cura mientras se persignaba—. Usted que durante años convivió con nosotros, caminó nuestras calles y siempre lo hemos considerado uno más de los nuestros. ¿Cómo pudo mantener esto en secreto tanto tiempo? ¿Cómo puede enorgullecerse de ello?

—¡No se trata de enorgullecerse! —lo cortó secamente don Hermann, sin perder la calma— Trabajé con él porque tuve que hacerlo y punto. Las circunstancias hicieron que no tuviera otra alternativa.

—¡Por Dios! Siempre hay otras alternativas.

—Recuerde que prometió escucharme hasta el final. Después podrá juzgar si había otras alternativas.

—Está bien, tiene razón —acotó el cura, tratando de recuperar la calma— Continúe, por favor.

—A decir verdad, creo que Höss tampoco tuvo demasiadas alternativas. Estuve a su lado durante años y, como le dije, fui persona de su extrema confianza, si es que se pueden tener personas de extrema confianza en esas circunstancias. Como quiera que sea, compartí con él muchas experiencias y mantuvimos diálogos interesantes, a punto tal que llegamos a conocernos el uno al otro mejor que nadie. Pero por favor no me mire con ese gesto, padre, creo que no fue buena idea...

—No, no, en absoluto. Es sólo que no puedo salir de mi asombro. Debe entender que esto supera cualquier expectativa, pero de ninguna manera es mi intención inhibirlo. Le ruego que continúe.

—Sí, es cierto —continuó don Hermann con gesto abatido, mientras apagaba el cigarrillo consumido por la mitad— ¿Cómo podrá entenderme si ni yo mismo puedo entender lo que pasó? En aquellos años, los acontecimientos se precipitaban unos tras otros con tanta rapidez que jamás pudimos tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo.

—Pero con el correr de los años, esa conciencia comienza a remorder.

—Yo no lo pondría en esos términos. Usted lo ve desde su óptica, con los códigos morales actuales, olvidándose que en aquellos tiempos la situación era muy distinta: Alemania estaba en guerra, intentando establecer un nuevo orden en Europa.

—Los crímenes de lesa humanidad no son admisibles ni siquiera en tiempos de guerra.

—Entonces, seguramente condenará a todos aquellos líderes que en la actualidad y firmando una orden desde una cómoda oficina permiten bombardear objetivos ubicados a miles de kilómetros de distancia, matando sin contemplaciones a hombres, mujeres y niños.

—Por supuesto que eso también es condenable.

—Para usted es condenable y tal vez merezca una tibia condena de una parte de la opinión pública. Pero ocurre y seguirá ocurriendo pues al parecer ese accionar, por indeseable que sea, encaja en los códigos morales de hoy en día, siempre que provengan de ciertos bandos. Es algo curioso pero será mejor posponer su discusión para más adelante, si no le molesta. De todas formas y volviendo a los tumultuosos años cuarenta, si en aquel momento lo hubiésemos analizado objetivamente, hubiésemos concluido que ya era demasiado tarde para volver atrás. O tal vez sin darnos cuenta tomamos conciencia pero no quisimos asumirlo por temor a reconocernos monstruos, no sé...

—Noto una cierta contradicción en sus palabras: por un lado, intenta justificar los códigos morales de aquella época y por el otro muestra temor a reconocerse un monstruo. ¿En qué quedamos?

—Ya lo entenderá. Yo formaba parte de una organización elitista, que se desenvolvía con sus propios códigos, muy distintos a los del resto de la sociedad. Pero a la vez formábamos parte de esa sociedad e interactuábamos con ella. Una cosa era nuestro trabajo y otra muy distinta nuestra vida privada o social. Era algo así como tener que moverse en dos planos distintos, ambos avalados y predicados por el Estado, por el Gobierno o por el Partido, porque todo se mezclaba allí.

—Temo que no puedo estar de acuerdo. Es imposible disociar esos dos planos, por mucho que uno se empeñe en hacerlo.

Don Hermann desvió ahora la mirada hacia la pared, que recorrió lentamente hasta llegar al viejo reloj cucú de madera. Mientras, el padre D'Angelo bajó la suya, para posarla sobre su taza de té. Un segundo más tarde, el alemán se decidió a continuar:

—Iba a ser breve, conciso, pero creo que va a tener que armarse de paciencia, padre. Será mejor que le cuente algo de mi vida. Confío en que eso le ayudará a entender lo que vino después o al menos eso espero —reflexionó don Hermann, observando al mismo tiempo el gesto de afirmación del sacerdote.

Por un instante, cruzó por la mente del religioso la idea que su vecino alemán podía haber perdido la cordura. ¿Y si ese hombre estaba en verdad fabulando? Conociendo a don Hans era impensable que le estuviera tomando el pelo o gastando una broma y menos con ese tema. Pero tal vez no debería descartar una anomalía en su salud mental. Si bien hasta ahora nunca había demostrado indicios de algo semejante, ya tenía una cierta edad y, después de todo, los años no vienen solos. Sabía además que don Hans era absolutamente reacio a visitar al médico y jamás supo que se hiciera chequeos.

No podría aseverarse que el alemán haya adivinado los pensamientos del cura pero dio por tierra rápidamente con estas hipótesis pues acto seguido, sacó del bolsillo de su camisa una foto vieja, muy vieja. A pesar de su coloración grisácea, algo desteñida con el correr de los años, la foto estaba intacta y en ella aparecían tres personas posando paradas, sonrientes, vestidas con el inconfundible uniforme de las SS hitlerianas. Estaba tomada al aire libre, el suelo se mostraba cubierto por un manto de nieve y atrás se vislumbraba lo que parecía ser una barraca construida en madera.

—Recuerdo perfectamente el momento en que nos tomaron esta foto. Fue en Auschwitz, en febrero de 1943. El oficial que posa en el centro es Rudolf Höss.

—El de la izquierda... Es usted ¿verdad?

—¡Ajá! —asintió don Hermann, mirando al cura fugazmente.

El padre D'Angelo tomó ahora mayor conciencia de la situación. Ver a don Hans, un viejo vecino del pueblo, vestido con el uniforme de la Alemania nazi y convertido en un tal Hermann Brietke, no podía causarle otra cosa que no fuera un profundo impacto emocional. Por supuesto que en la foto aparecía mucho más joven, pero era él, sin dudas. El cura observó la foto durante varios segundos. La misma mirada, el mismo gesto y la misma pose que infinidad de veces le había visto a ese extranjero aparentemente bonachón en las charlas, en las calles del pueblo y hasta en la parroquia.

—¿Quién es el tercero?

—El hombre de la derecha es el capitán Wilhelm Richter, que en ese momento era teniente. Era el más joven de los tres. Más tarde le contaré sobre él también.

Mientras esto escuchaba el sacerdote, devolvió la foto a su dueño. Un funesto pensamiento le atravesó la mente, sin poder evitar que una sensación de brisa helada le recorriera la médula: enfundados en sus uniformes de la muerte y sus esvásticas, los tres hombres posaban sonrientes y lucían despreocupados, como si un eventual transeúnte les estuviera sacando, en ese preciso instante, una foto, durante una visita guiada a algún sitio turístico.

—Esta foto es uno de los pocos recuerdos que conservo de aquellos tiempos, una de las pocas pruebas materiales que me liga a ese pasado. Pero el recuerdo más valioso es el de una gran mujer.

—Una gran mujer... Seré curioso ¿también la conoció en Auschwitz?

—Oh, no, en absoluto. Si su duda consiste en saber si se trataba de una supervisora del campo, desde ya le aclaro que no. Nada de eso. Helena no tenía nada que ver con las SS. Ella fue la persona más inocente y adorable que he conocido en mi vida.

El cura lo miró extrañado, una vez más. Ya era noche cerrada y el alemán decidió por fin dar comienzo a un relato más detallado.

\* \* \* \* \*

## II

### El joven Hermann

Hermann Theodor Brietke, o al menos ése es el nombre que reveló el Alemán como verdadero, nació en Berlín, en febrero de 1898, en el seno de una familia de clase media. Fue el segundo de los dos hijos del matrimonio formado por Otto Brietke y Anja Tannhäuser. Monika, su hermana, era dos años mayor que él. Otto, un comerciante bastante próspero, era dueño de una tienda de antigüedades que había heredado de su padre, ubicada cerca de la intersección de dos importantes arterias de la capital alemana. Era un hombre alto y delgado, de cabello canoso y bigote de manillar prominente, de esos que solían lucirse en aquellos tiempos con las puntas hacia arriba. Amable y educado, aunque de temperamento reservado, hablaba lo justo y necesario, virtud que aplicaba regularmente en todas las actividades de su vida. En el ámbito laboral, significaba dar al cliente la información y el asesoramiento necesarios para que éste se convenciese de adquirir un producto, evitando a la vez fastidiarlo con información innecesaria o comentarios superfluos. Decididamente, su trato era cordial, tanto con los clientes como con sus proveedores, familiares, amigos y conocidos. Sus ojos, de una tonalidad celeste-grisácea, al igual que los de Hermann, transmitían seguridad y confianza. Otto era un hombre leal, incapaz de traicionar o actuar en forma deshonesto. Fiel a sus ideas y valores, que descansaban sobre firmes pilares católicos, siempre trató de inculcarlos a sus hijos en el convencimiento de que serían en el futuro personas de bien.

Todos los días, exceptuando los domingos (día reservado para descansar y concurrir a Misa), Otto abría su tienda muy temprano a la mañana, siempre a la misma hora, con matemática puntualidad. Su vestimenta era puntillosa: lucía traje, camisa, corbata, chaleco, zapatos bien lustrados y elegante sombrero, todo ello coronado con un enorme reloj de oro que utilizaba con una cadena del mismo metal, regalo de su padre y que le dejaría en el futuro a

su hijo Hermann, como preciado recuerdo. Por supuesto, a ello había que agregar su infaltable abrigo, un grueso sobretodo de color marrón oscuro, necesario cuando se trataba de enfrentar el crudo invierno berlinés.

Anja, su esposa, era ama de casa, ocupándose de las tareas del hogar y del cuidado de los niños. Su vestuario y su porte no igualaban la elegancia que solía desplegar su marido, pero aún así conservaba un aire atractivo. Era algo fría y seca en el trato, rasgos que, al menos en su caso, de ninguna manera debían confundirse con soberbia. Anja estaba algo cansada; el cuidado de los niños, el aseo doméstico, las compras y restantes tareas le demandaban casi todo el día. La vivienda que habitaba la familia era espaciosa y el gran número de habitaciones, inversamente proporcional a la servidumbre. A pesar de sus muchas virtudes, Otto tenía un defecto muy marcado: la avaricia. Toda oportunidad de ahorro constituía para él una alegría, aunque repercutiera en labores adicionales que recayeran directamente sobre los hombros de su propia familia. Es bien sabido que lo que no se hace con dinero se hace con el cuerpo y como Otto trataba por todos los medios posibles de dilatar la contratación de nuevo personal, quien debía poner el cuerpo para las tareas domésticas era Anja, quien era también una excelente costurera, oficio que ejercía en su escaso tiempo libre, contando con una cuantiosa clientela, más de la que podía atender, contribuyendo con un ingreso que constituía un aporte nada desdeñable para la economía familiar, que de por sí ya era bastante sólida. Puede decirse que a los Brietke no les faltaba nada, si bien tampoco exhibían abundancia porque en realidad, dada su avaricia, lo único que crecía era el dinero ahorrado por Otto.

Hermann, el hijo menor, era muy parecido a su padre desde el punto de vista físico. Creció siendo un niño excesivamente introvertido y de temperamento algo débil. Siempre se mostraba dubitativo y le costaba horrores relacionarse con chicos de su edad, a tal punto que en la escuela era el blanco de las pesadas bromas de sus compañeros, bromas que por otro lado soportaba estoicamente, pues rara vez se quejaba. Hermann era de esos niños que sufría en silencio la crueldad de sus semejantes. No era difícil observarlo solitario en los recreos. Detestaba las bromas pesadas, el griterío y los juegos bruscos. Si por casualidad se encontraba degustando algún alimento o golosina, era casi seguro que no lo haría por mucho tiempo, pues pronto se lo arrebatarían de las manos. No intentaba discutir, sólo cubrirse para no recibir de lleno algún puñetazo de los muchos que le propinaban seguidamente sus compañeros, como corolario de la diversión. Una notable inteligencia y dedicación férrea hacia aquellos temas que verdaderamente le interesaban, complementados con una increíble memoria visual, constituían sus principa-

les talentos. Tenaz y obsesivo por naturaleza, con el tiempo fue desarrollando otras aptitudes, especialmente la astucia, tal vez como herramienta eficaz que le permitiera lograr los objetivos que la falta de empatía con sus compañeros y maestros le vedaba. Estrictamente hablando, no tenía amigos, sólo afinidades acotadas con contados compañeros con quienes solía compartir charlas circunstanciales.

Todo lo contrario era Monika, que parecía ser su antítesis en muchos aspectos. Extrovertida, gritona y caprichosa, combinaba un carácter fuerte con una extraña agudeza para la ironía. Al igual que su hermano, era muy inteligente pero, a diferencia de aquel, era mucho menos aplicada. Monika ejercía un marcado liderazgo sobre sus amigas y compañeras, además de un dominio psicológico sobre su hermano menor, a quien provocaba frecuentemente, discutiendo hasta por nimiedades. Hermann rara vez alimentaba esas discusiones, ni siquiera ante las presiones e insultos de su hermana, pero cuando lo hacía y la pelea pasaba a mayores se imponía la intervención materna, exceptuando aquellos casos en los cuales la situación se tornara directamente insoportable y debía entonces ser Otto quien tomara cartas en el asunto, haciendo tronar el escarmiento.

La infancia de Hermann transcurrió en una época políticamente muy compleja. En primer lugar, el mapa europeo era muy distinto del actual y varias de las potencias estaban regidas políticamente por mandatos imperiales o monarquías constitucionales. En el caso de Alemania, no era la república que es hoy, sino el Imperio Alemán (también conocido como “Segundo Reich”), con un territorio mayor que el actual y gobernado por el káiser Guillermo II, perteneciente a la vieja dinastía de los Hohenzollern. El “Segundo Reich” nació en el año 1871, como consecuencia de la guerra entre Francia y la antigua Prusia. Luego del triunfo prusiano, el “Canciller de Hierro” Otto von Bismarck fundó el nuevo Imperio Alemán, unificando los estados germanos del centro de Europa bajo el liderazgo del más poderoso de ellos: Prusia, del cual él mismo era canciller (una especie de primer ministro) y cuyo emperador era Guillermo I, abuelo del káiser. A partir de 1871, von Bismarck ya no sería canciller de Prusia, sino del flamante Imperio Alemán unificado y Guillermo I sería el primer emperador del “Segundo Reich” alemán. No hay que pasar por alto un dato muy importante: en ese momento de gloria, las autoridades alemanas anunciaron al mundo, con bombos y platillos, el nacimiento del Imperio Alemán. Este hecho no tenía en sí mismo nada de malo; todo lo contrario, los nacimientos son siempre conmovedores, aunque en este caso algunas potencias vecinas miraran de reojo al nuevo imperio. El problema fue que la algarabía impidió a los alemanes conducirse, voluntariamente

o no, con toda la prudencia que la circunstancia requería; cuando la lógica y las buenas artes diplomáticas aconsejaban que semejante anuncio debía ser efectuado en Berlín o en otra ciudad alemana, no tuvieron mejor idea que hacerlo en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, es decir, en París. Para colmo, los alemanes no olvidaron apropiarse de su botín de guerra: las provincias francesas de Alsacia y Lorena, en el nordeste del país y lindantes con el Imperio Alemán, pasaron a formar parte de este último. Esta humillación con despojo territorial agregado fue el principio del odio entre alemanes y franceses. Otto von Bismarck era muy consciente de esta situación y no dudaba de que Francia intentaría vengarse en cuanto tuviera la menor oportunidad. Es por ello que no sólo hizo todo lo humanamente posible para engrandecer al país, sino que también comenzó a tejer, de manera muy astuta, una política de aislamiento de Francia con el resto de Europa. Por amor a la patria, por necesidad o por ambas cosas a la vez, el “Canciller de Hierro” no tuvo otra opción que curarse en salud. Para ello, firmó un tratado de no agresión con el Imperio Ruso, el cual aseguraba la neutralidad de ese país en caso de que el Imperio Alemán entrara nuevamente en guerra con Francia. Más aún, renunció a engrandecer su imperio colonial de ultramar. No fue esta decisión fruto de la falta de codicia ni una inspiración mágica para cultivar de allí en más el altruismo, sino, una muestra acabada de la inteligencia y astucia del canciller, pues ambicionar colonias de ultramar significaba desarrollar una armada, hecho que pondría en alerta inmediata al Reino Unido, que en ese momento disponía de la armada más poderosa del mundo y vería con recelo la competencia del vecino germano, motivos por los cuales, evidentemente, no estaba en el ánimo del “Canciller de Hierro” correr el riesgo de alentar un acercamiento entre Francia y el Reino Unido.

Al sur del Imperio Alemán estaba el inmenso Imperio Austro-Húngaro, gobernado por el emperador Francisco José, perteneciente a la antigua dinastía de los Habsburgo, que ya a esa altura evidenciaba serios problemas de decadencia. Austria-Hungría era acérrima enemiga del Imperio Ruso, con quien von Bismarck había firmado el tratado de neutralidad bélica. La contraparte de ese tratado era que el Imperio Alemán permanecería neutral en caso de que Rusia entrara en guerra con Austria-Hungría, hecho nada improbable si se tiene en cuenta que ambas potencias ambicionaban el dominio de los Balcanes. Como vemos, un juego estratégico de alianzas muy delicado, en medio de una Europa conformada por imperios ansiosos por demostrar su supremacía. En medio de esta maraña de intereses contrapuestos se alzaba el joven Imperio Alemán, como potencia mediadora y estabilizadora de una Europa que parecía propensa al estallido. El gran responsable de que ese equilibrio

permaneciera como tal fue justamente von Bismarck. El problema surgió con la muerte de Guillermo I: su hijo y heredero, Alfred I, llegó entonces al poder, pero estaba tan enfermo que murió a los pocos meses. El gobierno recayó entonces sobre su hijo Guillermo II, el káiser, quien pondría punto final al rol del Imperio Alemán como factor de estabilidad. Por empezar, su relación con Otto von Bismarck no fue ni parecida a la que supo cultivar su abuelo Guillermo I. Con el tiempo, el “Canciller de Hierro” se alejaría del gobierno y fue en ese preciso momento cuando el equilibrio de la telaraña de alianzas, ahora en manos del káiser y sus nuevos cancilleres, pasó a ser una curiosidad histórica, pues Guillermo II no contaba con la experiencia necesaria para lidiar con tan compleja tarea. En la mente del káiser, el tratado de neutralidad con el Imperio Ruso resultaba irrelevante y hasta inconveniente, pues el aliado natural del Imperio Alemán era Austria-Hungría, no Rusia. No creía por otro lado que dar rienda suelta a sus deseos expansionistas en ultramar fuera algo repudiable; en definitiva, las restantes potencias lo hacían y nadie tenía derecho a limitar el progreso alemán. Por supuesto que para ello había que construir una poderosa armada y eso fue precisamente lo que hizo; lo que pensarán sus vecinos británicos al respecto era una cuestión secundaria a la que no debía prestarse demasiada atención.

Promediando 1908, el niño Hermann Brietke estaba lejos de sospechar lo que esa atmósfera cargada de odios y resentimientos presagiaba entre países vecinos. Era por aquel entonces un niño introvertido, sumido en sus pensamientos, que asistía a la escuela y descubría día a día los paisajes berlineses, plagados de edificios enormes, calles empedradas, numerosos comercios, hombres que iban y venían con sus sombreros claros u oscuros, mujeres con largas faldas y extraños peinados, cubiertos por sombreros aún más extraños, vendedores ambulantes, autos negros y grandes carros tirados por caballos. Esas imágenes de la infancia, grabadas a fuego en su mente, acompañarían a Hermann durante toda su vida y con el correr de los años, comprobaría que Berlín ya nunca volvería a ser la misma. Como alumno era brillante; no pocos maestros se admiraban de ese niño de cabello corto y negro como azabache, que parecía distante de una clase cuyos conceptos absorbía con pasmosa rapidez para pasar luego a concentrarse vaya uno a saber en qué. Esa inteligencia bien podía ser la fuente que alimentaba la envidia por parte de muchos compañeros, cuyo único consuelo consistía en engrosar el paquete de insultos y puñetazos que le tenían preparado, especialmente cuando Hermann levantaba la mano en forma apresurada para responder con solvencia una pregunta que el maestro dirigía a alguno de sus dubitativos compañeros. Hermann disfrutaba mucho ese tipo de circunstancias, aunque imaginara las consecuencias.

Incluso daba a entender, con su gesto y con su voz, que la respuesta que su compañero ignoraba, era básica. En otros casos, había niños, pocos por cierto y generalmente identificados con sus mismas desdichas, que lo admiraban, aunque con prudencia.

En 1909, con apenas 11 años y a instancias de su padre, comenzó a estudiar violín. Un anciano profesor visitaba la casa de los Brietke los martes y los viernes, para iniciar a Hermann en el noble arte musical. Al principio, como siempre, vacilaba y miraba con incredulidad ese extraño instrumento de madera. Sin embargo, como jamás osaría contradecir a su padre, decidí que lo mejor era intentarlo y dejar que luego el destino acomodara los acontecimientos, pero para su propia sorpresa, poco a poco aprendió a dominarlo de manera entusiasta. De allí en más, gran parte de su tiempo libre lo emplearía en la práctica del instrumento, cuyos sonidos melódicos actuaban para él como un bálsamo. En más de una oportunidad, esa relajación culminaba cuando, en un descuido, Monika le arrebatava el violín y comenzaba a correr por toda la casa, perseguida por él. La niña, con el violín en el cuello y moviendo el arco en un sentido y otro sobre las cuerdas, provocaba chirridos muy agudos y espantosos, como si se tratara de un nuevo método de martirio. Cuando estaba a punto de ser alcanzada, hábilmente amenazaba con romper el instrumento para evitar ser golpeada. La estrategia era alzar el violín con una mano y, amenazando de estrellarlo contra el suelo, mantener el arco extendido con la otra, tocando el pecho de Hermann, con lo cual lograba mantenerse a una distancia prudencial de su enfurecido hermano, salvaguardando su integridad hasta que éste se calmara.

Dejando de lado estos hechos, el progreso de Hermann con el violín crecía junto con el orgullo de sus padres, de tal manera que una tarde su progenitor no tuvo mejor idea que invitar a su hermano Karl y a dos parejas amigas a tomar el té. También estuvo presente el tío Jakob, que estaba de visita en Berlín y había enviudado recientemente. El verdadero motivo de la invitación consistía en que el niño deleitara a los invitados con sus avances en materia musical. Allí estaba también la tía Hanna, esposa de Karl, experta en el arte de desplegar una sutil hipocresía. Había llegado con su vestido blanco floreado y su enorme sombrero del mismo tono, rematado con un rosetón colorado. Estaba allí, sentada, tomando el té con gesto de oler estiércol mientras escuchaba las melodías que su sobrino político ejecutaba con denodado esfuerzo. La mirada fría de Hermann no era un buen presagio. Cuando terminó, observó a Hanna apoyando la taza de té sobre la mesa para acompañar con fingidas palmas el aplauso de la concurrencia, mientras miraba de reojo a su marido, como diciendo: “Y bueno, si hay que aplaudir...”. La tía Hanna no era del

agrado de Hermann y ese sentimiento era recíproco, aunque ambos intentaran disimularlo. Tampoco simpatizaba demasiado con su tío, tres años menor que su padre y con notable sobrepeso, que a decir verdad había prestado más atención a las masas finas, con las cuales se atragantaba, que a la pieza musical.

Otto y Anja, por su parte, estaban tan orgullosos de su hijo prodigio, a quien miraban embelesados mientras tocaba el violín, que apenas si podían disimular la emoción. Hasta Monika pareció hacer un alto en las acostumbradas hostilidades para con su hermano y se dignó a emitir un sincero aplauso de admiración. Pero Hermann, ni aún en los momentos que necesitaba mayor concentración para sacar el mejor sonido posible de su violín, dejaba de tener un ojo puesto en la concurrencia. Quería controlar y estar atento a todo: tanto a su arte como a las reacciones que éste generaba sobre las personas, tal vez temeroso de una reprobación. Como le resultaba difícil atender ambas cosas a la vez, en el futuro aprendería a deleitarse en solitario con el violín, sin compartir su música con nadie.

Cuando la tertulia llegó a su fin, los invitados comenzaron a retirarse, no sin antes saludar y felicitar tanto a Hermann como a Otto y Anja por la dedicación de su hijo a la música. Cuando llegó el turno de la tía Hanna, le dio un beso a Hermann y, con su mejor rostro, le instó a continuar adelante con sus estudios de violín, dado el progreso maravilloso que había experimentado. El niño, también con su mejor rostro, aunque con un dejo de fingida congoja, le respondió:

—Gracias, tía Hanna. Así lo haré. Siempre recuerdo a la prima Gretel y, a pesar de no haberla conocido, estoy seguro de que desde algún lugar me está mirando, me da fuerzas y disfruta esto tanto como yo. Esta reunión fue también en su honor.

Hanna y Karl quedaron estupefactos con semejante respuesta. Habían intentado tener hijos durante años, sin suerte. Cuando por fin quedó embarazada, decía que iba a ser niña y se llamaría Gretel. En efecto era una niña, pero el parto se complicó y nació sin vida. Luego de esa amarga experiencia, Hanna sufrió horrores y logró recuperarse lentamente con mucha dificultad. Jamás volvieron a intentar tener hijos y el solo recuerdo de Gretel causaba en ellos un profundo dolor, especialmente en Hanna. Ante la reflexión de su hijo, Otto y Anja palidecieron y cruzaron mutuamente una mirada de perplejidad. El tema de Gretel no se tocaba con los niños, aunque ambos creían que tanto Hermann como Monika estaban al tanto de que no debían mencionarlo. De todas formas, ya era tarde. Otto se prometió a sí mismo que hablaría con sus

hijos esa misma noche por este tema pero resultaba imposible, dadas las circunstancias, deshacer el mal momento.

Hermann clavó su mirada en la tía mientras ésta se retiraba con su esposo, quien atinó a ofrecerle un pañuelo para secar una incipiente lágrima. Luego de ello, el niño dio media vuelta, terminó de saludar a los restantes invitados y, con una sonrisa apenas dibujada en sus labios, se acercó a la mesa para servirse una de las pocas masas finas que aún quedaban. Sabía que le había clavado a su antipática tía una daga en las entrañas, daga que se empeñó en clavar a fondo, para su satisfacción. Misión cumplida. De todas formas, se sorprendió de su propio comportamiento. Era como que la tía, con su soberbia, tuviera la particularidad de hurgar en el fondo de su personalidad y sacar lo peor de él, algo así como otro Hermann que permanecía oculto tras la fachada del cotidiano niño inocente, agazapado y dispuesto a aflorar sólo en circunstancias muy especiales. Aunque para sus padres e incluso para el tío Karl había sido, por supuesto, una reflexión espontánea, inocente y bien intencionada, la tía Hanna seguramente no lo pensó así. Y estaba en lo cierto.

Conforme pasaba el tiempo, Hermann avanzaba satisfactoriamente en sus estudios escolares, pero no se había detenido nunca a pensar, hasta ese momento, si en el futuro continuaría profundizándolos en la universidad y, en todo caso, tampoco sentía inclinación por una carrera en particular. Lo único que realmente le gustaba con pasión, hasta el momento, era el violín. Su padre le sugirió que mientras estudiaba y decidía su futuro, le ayudara con la tienda en su tiempo libre, para ir adquiriendo experiencia. De paso, le reeditaría algún dinero. Otto albergaba la esperanza de que su hijo se entusiasmara con las antigüedades y continuara adelante con el negocio en un plazo no muy lejano.

A pesar de ello y de los esfuerzos que su padre ponía en práctica para lograr esos objetivos, el niño jamás sintió entusiasmo alguno por la compra-venta de antigüedades, aunque de entrada se cuidó muy bien de mencionarlo, por temor a defraudarlo. A pesar de su inocultable avaricia, la retribución económica dispuesta por Otto era demasiado generosa, tratándose de un colaborador tan novato y sin muestras aparentes de una gran motivación; pero en el fondo sería inútil, el comercio no era la vocación de Hermann y menos aún ese ramo. Estaba claro que esta situación no podría soportarla demasiado tiempo. En cuanto podía escabullirse, toda oportunidad era propicia para continuar con la práctica del violín o leer algún libro, fastidiándose ante el ingreso de un inoportuno cliente. Pasaban los días y miraba esas antigüedades una y otra vez, con detenimiento y curiosidad, sin alcanzar a entender cómo

podía haber gente que comprara esas cosas. Otto lo notaba y movía la cabeza con resignación. Finalmente, optó por proponerle a su hijo que, al menos en forma temporal, se concentrara sólo en el estudio y de paso meditara con responsabilidad acerca de tomar el negocio en serio. Hermann aceptó de inmediato, con alivio interior apenas disimulado en un ensayo de sonrisa que no se animó a liberar.

El año 1914 cambiaría su vida radicalmente con la muerte repentina de su padre, toda una tragedia para la familia. Con casi 16 años, Hermann pasaba a convertirse en el único hombre del hogar, con la sobrecarga de presión que ello significaba: pronto debería asumir su condición de sostén de la familia, rol para el que indudablemente no estaba preparado aún. Los meses siguientes fueron muy duros para ellos, particularmente en el aspecto anímico. Desde el punto de vista económico, por un tiempo no habría problemas, gracias a los ahorros juntados por Otto, pero había que resolver qué se haría en el futuro. Anja retomó su antiguo oficio de costurera, aunque era consciente de que resultaría insuficiente como ingreso único, una vez agotados los ahorros.

Hermann lamentaba ahora no haberle prestado más atención a su padre. El negocio de antigüedades no era su vocación pero hubiera servido al menos para ganar tranquilidad, sabiendo que aseguraría la subsistencia por el tiempo que fuera necesario. Ahora estaba confundido, sin saber qué hacer. El duro golpe de la muerte de su padre lo desestabilizó emocionalmente. No podía concentrarse en nada y decidió, por el momento, abandonar la escuela, pese a los ruegos de su madre para que no hiciera tal cosa. Una vez más, el único refugio de placer lo encontraba en el sonido de su violín.

La situación política del país, en tanto, no había mejorado en absoluto. Europa estaba dividida en dos bandos bien diferenciados y la puja de intereses entre ellos auguraba una salida con destino de aniquilamiento mutuo. Por un lado, la Triple Alianza: el Imperio Alemán, el Imperio Austro-Húngaro y el Reino de Italia. Por el otro, la Triple Entente: Gran Bretaña, Francia y el Imperio Ruso. La atmósfera que se respiraba era la de un polvorín en el que sólo faltaba un acontecimiento que encendiera la mecha, el cual, por supuesto, no tardaría en llegar.

Como casi todos los muchachos de su edad, Hermann no prestaba atención a estos asuntos, que le resultaban algo lejanos. Por aquellos días, un hecho fortuito se presentaba como una esperanza para mejorar su situación y la de su familia: un antiguo amigo de su padre se enteró de que un conocido suyo, dueño de una fábrica, necesitaba contratar personal, entre ellos, dos aprendices. Le comentó el asunto a Anja, con la intención de averiguar si a su

hijo podría interesarle uno de esos puestos. Hermann no estaba aún recuperado anímicamente pero su madre pudo hacerle entender que no podría vivir de esa manera por el resto de su vida. El trabajo no sólo le aseguraría una entrada económica que podría incrementar con el tiempo si progresaba lo suficiente y el empleo era de su agrado, sino que además le sería útil para ocupar la mente en otros quehaceres que no fueran los lamentos y el violín. Por otro lado, existía la posibilidad de complementar el trabajo con los estudios, que Hermann pronto debería retomar, pues ésa fue una promesa que le había hecho a su madre. Después de meditarlo, le pareció atinado el consejo de Anja y aceptó concurrir a una entrevista, donde fue seleccionado para el puesto de aprendiz de electricista. Al principio no mostró mucho entusiasmo con su nueva actividad laboral pero con el tiempo se dio cuenta de que resultaba una excelente terapia. En efecto, poco a poco fue ordenando sus horarios, aprendiendo sobre el tema y, por sobre todas las cosas, manteniendo ocupada la mente. En forma adicional, ese oficio le permitiría labrarse, tal vez, un buen porvenir, con una entrada económica interesante.

Fue precisamente en esa época que conoció a Helena Staszewska, una chica de su edad, que vivía en Berlín con su padre. Los pormenores acerca de cómo conoció a Helena indican que puede atribuirse a una mera casualidad de la que Hermann pudo sacar provecho. Fue un sábado con una mañana fresca y diáfana, con el ambiente impregnado del típico perfume que anunciaba la inminente llegada de la primavera boreal. Helena, que había salido para cumplir un recado de su padre, volvía presurosa a su casa, pensando en la calidez que la estufa de su hogar, del cual sólo la separaban ya unos pocos metros, podía proporcionarle. Apuró el paso para ver si de esa manera podía entrar en calor. De repente, un ruido de la calle la distrajo y, sin querer, tropezó con una saliente en la vereda. Alcanzó a estirar hacia adelante los brazos como un acto de protección involuntario, pero no pudo evitar que una rodilla impactara contra el suelo. Al tiempo que se tomaba la misma, un gesto de dolor se dibujó en su rostro, cerrando los ojos. Cuando los abrió, levantó la vista y pudo observar la figura de un muchacho que le extendía su mano, para ayudarla. Helena quedó descolocada por un momento, sintiendo cómo un cosquilleo misterioso se apoderaba de todo su cuerpo ante aquella visión. Sin dejar de mirarlo, aceptó la ayuda para incorporarse y agradeció la deferencia a aquel extraño, quien se interesaba por saber si se había lastimado.

—¿Estás bien? Adivino por tu gesto que el golpe...

—Ya estoy bien, gracias.

—¿Segura?

—Segura.

—Bueno, mi nombre es Hermann Brietke. Si puedo ayudarte en algo más... —le dijo el muchacho, algo dubitativo y pretendiendo estirar el diálogo a cualquier precio.

—Creo que no, debo irme ya. Agradezco tu ayuda —respondió ella, despidiéndose con cierto pudor.

—Oye, ni siquiera me has dicho tu nombre... —le gritó, mientras alcanzaba a divisar cómo la muchacha se alejaba apurada, aún rengueando.

—Helena —atinó a decirle, al tiempo que le dirigió una mirada rápida, sin detener su marcha.

—Helena, bonito nombre. Espera, no deberías apurarte tanto; estás caminando con dificultad. Además, créeme que no muerdo...

—Estoy bien, de veras, gracias. —le dijo la chica en voz alta, dirigiéndole una nueva mirada, esta vez más sonriente.

—Bueno, adiós... —replicó Hermann con desazón, mientras observaba cómo ella saludaba estirando el brazo, sin darse vuelta—. Tal vez podríamos volver a vernos para ver cómo evoluciona tu rodilla.

Helena continuó caminando sin darse vuelta, sonriendo una vez más ante ese mentiroso interés. En su fuero íntimo, quería responder, pero no se animó. Cubrió como pudo el trayecto de unos pocos metros que la separaba de su casa. Buscó la llave, que tardó unos segundos en encontrar e ingresó al pequeño jardín que la separaba de la puerta principal. Cuando llegó a ella, abrió y al entornarla dio una última y rápida mirada al paisaje callejero. Avizoró entonces la figura del muchacho, distante unos cuarenta metros, que para su sorpresa ya había cruzado la calle con agilidad y la observaba ahora desde la vereda de enfrente, saludándola con la mano y con la sonrisa del cazador que encuentra a su presa. Helena se ruborizó y entró apresuradamente en la vivienda. Cuando Hermann se percató de que ya no estaba allí, se quedó estático unos segundos, luego dio media vuelta y continuó con su caminata. Ni él podía explicarse, siendo tan introvertido, de dónde había sacado fuerzas para entablar ese diálogo que, aunque básico y algo torpe, era todo un logro. Ya no podría sacarse de la mente el rostro dulce y sonriente de Helena. Puesto que corría con la ventaja de saber dónde vivía, una información de oro, se puso a pensar en alguna artimaña que le permitiera volver a verla en un brevísimo plazo. Tampoco ella había pasado por alto el gesto de ese muchacho. Íntimamente, había sentido una súbita atracción por él, tal vez por la circunstancia tan sorpresiva o, simplemente, había caído presa de un magnetismo que, hasta

ese momento, nunca había experimentado. ¿Sería eso que algunos llaman “amor a primera vista”? Se sonrojaba de sólo pensarlo y luchaba consigo misma para sacarse semejantes ideas de la cabeza. A la vez, lamentaba no haber recurrido a artilugio alguno para poder extender la conversación. Eran ésos los momentos en los cuales extrañaba encarecidamente a su madre. ¡Cuántas cosas le preguntaría si Dios le hubiera permitido tenerla aún a su lado!

Al día siguiente, el obsesivo Hermann pensó en un plan tan desesperado como audaz: pedirle consejo a Monika. Ella se daba maña para estas cosas, lástima que era tan intratable. Lo primero que haría sería burlarse, seguramente. Pero no se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Hermann y sus eternas dudas: ¿lo hacía o no lo hacía? ¿le preguntaba o no le preguntaba? El momento era ideal: su madre no estaba en la casa, algo que le tranquilizaba porque se sentiría avergonzado si ella lo supiese. De todas formas, confesarle la situación a Monika, gran difundidora de chismes de todo tipo, implicaba que Anja no tardaría demasiado en enterarse, aunque fingiría no saberlo.

Abandonó su cuarto, lugar favorito cuando de tomar decisiones difíciles se trataba, para dirigirse a la cocina. En el camino, advirtió que la puerta del cuarto de su hermana estaba entreabierta. Se encontraba ella sentada frente al espejo, peinándose. Al percatarse de la presencia de Hermann, atinó a hacerle una burla, frunciendo el ceño y mostrándole la lengua, para continuar inmediatamente enfrascada en su coqueto quehacer. Hermann, sin hacer el menor caso a la bufonada, se frenó sobre sí mismo y tomó fuerzas, volviéndose hacia su hermana. Dio un paso, para volver a frenarse y dar media vuelta, enderezando nuevamente en dirección a la cocina. Monika lo miraba extrañada. A la tercera detención y media vuelta, se armó de valor una vez más y se encaminó al encuentro de su hermana. Pero no. Ya estaba por volver a la cocina, frustrado, cuando sintió la voz de ella:

—¿Qué te pasa? ¿Puede ser que seas tan infeliz, entreteniéndote dando vueltas entre mi cuarto y la cocina?

—Eh... —Hermann balbuceaba, con evidentes muestras de querer expresar una frase, pero sin animarse definitivamente a hacerlo.

—Eh... ¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Habla de una vez!

—Tengo que pedirte un consejo, pero debes prometerme que guardarás el secreto.

—¡Epa! Claro que sí, hermanito. Ven, siéntate aquí y cuéntame.

Cuando Monika actuaba así, constituía por sí mismo una señal inequívoca de que percibía alguna novedad interesante. Tenía un olfato especial para ello, le brillaban los ojos y se frotaba las manos, regodeándose de antemano.

—¿Y bien? Vamos, vamos. ¿Qué esperas? No tengo todo el día.

—Es que... ayer conocí a una chica y...

—Ah —exclamó Monika interrumpiéndole—. ¡Pero miren a mi hermanito!

—Si vas a ponerte así, mejor no digo nada.

—¿Qué? Ahora no vas a dejarme con la espina. ¡Cuéntame! ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¿Cómo la conociste?

—Eh... ¡De a poco! —replicó Hermann, tomándose un respiro para luego continuar—. Se cayó en la calle y le ofrecí ayuda. Es una chica de mi edad, más o menos.

—Te gustó ¿no?

—Creo que de otra forma no estaría contándote esto. —respondió Hermann, sonrojándose.

—Ella se cayó y te comportaste como un caballero. Eso estuvo bien. ¿Qué le dijiste luego? Quiero saberlo todo.

—No, no, no. No recuerdo bien qué le dije. Se fue rápido, pero creo que algo le ocurrió a ella también. Se llama Helena y vive cerca de aquí, a unas seis cuadras, pude ver la casa.

—Adivino tu desvelo. Quieres volver a verla y no sabes cómo abordarla ¿es eso?

—Y, en cierta forma sí. Pensé que tú, al ser mujer, podrías ayudarme. ¿Qué te gustaría que hiciera un hombre en ese caso?

—¿Un hombre? No lo sé. De todas formas, tú no eres un hombre aún. Eres algo así como... un niño grandulón. No es mi deseo desilusionarte, Hermann, pero te falta tomar mucha sopa para...

—¡No te he preguntado eso! Sabes a lo que me refiero —replicó Hermann, algo ofuscado.

—Está bien, yo soy muy particular, pero... ¿Por qué no la esperas cerca de su casa? Cuando salga, la vuelves a abordar o mejor... ¡Ya sé! Envíale flores, eso siempre resulta. Le escribes una nota con una dedicatoria y la citas en algún lugar conveniente.

—Eso podría ser. Me gusta más que estar esperando a que salga.

—Si no resulta lo de las flores, puedes intentar el plan de esperarla para dar el zarpazo, —le dijo, mientras le hacía un gesto con la mano— pero si con las flores no resulta entonces es probable que no sea tu chica.

—¡Mañana mismo le enviaré las flores!

—Aguarda, Hermann. Conociéndote, es seguro que ya le habrás dicho alguna tontería. Sin embargo, es bueno que actúes rápido; si le das tiempo a que piense y tome conciencia de tu grado de maduración, probablemente no irá. Sí, mejor envíale las flores mañana mismo. ¿Se te ocurre algún lugar donde citarla?

—En la plaza, creo que ése sería un buen lugar.

—¿En la plaza? ¿Y si llueve? Hay que pensar en eso.

—Es cierto. Tienes razón. ¿Ves por qué te consulto? Eres buena para estas cosas.

—De todas formas, la plaza es adecuada. ¿Cuándo quieres encontrarte con ella?

—Me gustaría el sábado próximo.

—Entonces, será mejor que le envíes las flores el viernes a la tarde, si el tiempo está bueno; a esa altura ya tendrás una idea acerca de lo que podría ocurrir con el clima al día siguiente. Reza para que no medite demasiado acerca de las pavadas que ya le habrás dicho y que pueda ir bajo los efectos del impacto emocional, si es que lo tiene. Y por favor, Hermann, procura pensar en alguna conversación interesante, por si finalmente esa pobre chica decide ir.

—¿Me crees un estúpido?

La mirada de Monika eximía de cualquier comentario adicional. Lo cierto fue que, en efecto, el viernes siguiente llegó el empleado de la florería a casa de Helena y tocó el timbre. Llevaba un gran ramo de flores, elegantemente envuelto para la ocasión. Quien atendió fue Greta, una mujer de unos cincuenta años de edad, que era la encargada de las tareas domésticas en casa de Helena desde hacía muchos años. Tan pronto como cerró la puerta, la sorprendida mujer llamó a Helena, la cual se presentó casi al instante.

—Mire, niña Helena, lo que ha llegado. ¡Es para usted!

—¿Para mí? ¿Y quién ha enviado esto, Greta?

—Lo ignoro, niña. Será algún joven con el corazón roto —respondió, con un bien intencionado gesto burlón.

Helena acercó las flores a su rostro para aspirar el aroma y tomó la nota que venía adherida al paquete. Luego miró a la mujer con rostro risueño y se alejó unos pasos, para leerla en relativa privacidad.

—Ay, niña. Bendita sea. Ojalá algún muchacho me hubiera regalado flo-

res a su edad —le dijo la mujer, suspirando mientras se retiraba para continuar con sus tareas.

Helena la miró de reojo, con la mirada ansiosa y chispeante. Con la nota extendida en sus manos, pudo leer entonces una escueta pero muy significativa dedicatoria:

“Son bellas, pero no lo suficiente cuando se comparan contigo. Mañana a las 15 estaré en la plaza. ¿Estarás? Hermann”

Era la primera vez que Helena recibía una invitación de tamaño naturaleza. La intuición de Monika había sido acertada pues el corazón de Helena palpitaba más fuertemente con cada palabra que leía. Recordaba muy bien de quién se trataba. En otra situación, hubiera sentido un dejo de temor y rechazo ante la invitación de un extraño y, por supuesto, ni se le hubiera ocurrido considerar la posibilidad de asistir. Pero en este caso, algo en su interior le indicaba que podía confiar en el tal Hermann y sentía placer en que ello fuera así. La mirada que había llegado a percibir en aquella persona, lejos de haberla olvidado, despejaba cualquier temor, cualquier duda. Quien se había animado a obsequiarle semejante distinción, debía ser una persona especial, muy diferente al común de los muchachos que había conocido hasta entonces. Hermann era atractivo, pero con un gesto de ayuda, una mirada, un ramo de flores y unas pocas palabras había logrado llegar hasta la última de las fibras íntimas de su ser. Lo único que esperaba era que a Jan, su padre, siempre impredecible, no se le ocurriera hacer otra cosa al día siguiente más que dormir la siesta, como solía hacer los sábados por la tarde. Por las dudas, advirtió a Greta, con voz entrecortada por la ansiedad, que nada le mencionara a él sobre lo ocurrido. Jan regresaría de un momento a otro del trabajo, por lo que la chica mostró rápidamente la nota a la mujer y colocó las flores en un jarrón con agua, apoyando el mismo con sus manos temblorosas sobre un mueble ubicado en su cuarto, cerca de la ventana que daba al jardín de entrada.

Hermann había pedido permiso para salir un rato antes del trabajo, instalándose tranquilamente y con tiempo suficiente en un improvisado puesto de guardia para observar toda la escena de la llegada del florista, escondido detrás de un árbol cercano desde donde podía divisar la casa. Con acostumbra obsesión, observó el reloj para comprobar si el muchacho había llegado con las flores a la hora indicada, prometiéndose a sí mismo presentar la queja en la florería por los casi seis minutos de retraso. Le hubiera gustado que fuera Helena quien recibiera las flores en lugar de esa mujer. ¿Sería su madre? ¿Y si era celosa del cuidado de su hija y no le entregaba las flores ni la tarjeta? Se acercó sigilosamente a la vivienda para ver si era posible detectar algún

movimiento en su interior, pero las ventanas estaban totalmente cerradas y lo impedían. Ante la presencia de una vecina que salió de improviso y comenzó a mirarlo en forma extraña, optó por dejar de lado el sigilo, dedicarle una leve sonrisa, darse vuelta y emprender la retirada, caminando bien erguido y con prestancia. El camino de regreso a casa lo cubrió envuelto en dudas. ¿No habría hecho algo tonto? ¿Y si Helena se estuviera ahora burlando de la situación? ¿Y si tuviera novio? ¡Y esa nota! Debió haber consultado con Monika sobre su contenido, pensaba. Para colmo, ahora se daba cuenta: la había citado en “la plaza”. Afortunadamente, la plaza en la cual pensó, además de importante era la única existente en varias cuadras a la redonda, de otra forma Helena tendría que ser adivina para saber dónde la estaba citando. Pero la conclusión es que ya no había vuelta atrás. Al día siguiente, saldría de dudas.

Por la noche, durante la cena, Monika no cesaba de golpear con disimulo los pies de Hermann, por debajo de la mesa. En un momento en que la madre se levantó para ir en busca de un salero que había olvidado, aprovechó para preguntarle con gestos y una risita un tanto canallesca, si había enviado las flores. Hermann, asegurándose de que su madre no lo viera, respondía silenciosa y secamente, con un gesto afirmativo, para volver su mirada seria en forma inmediata en dirección a la comida que tenía en el plato. Estaba nervioso, le costaba tragar y hacía un esfuerzo para enviar a su estómago cada trozo de alimento. Pero Monika insistía, implacable, como ya lo había venido haciendo durante toda la semana. Hermann, molesto, quiso devolver gentilezas con tanta mala suerte, que su hermana adivinó la intención y, corriendo su pierna justo a tiempo, hizo que el pie del enamorado comensal fuera a dar de lleno sobre una de las patas de madera de la mesa, haciendo tambalear todo lo que había sobre ésta dispuesto.

—¿Qué les ocurre a ustedes dos? —preguntó Anja, dándose vuelta.

—Nada, mami. Parece que mi hermanito está nervioso.

—¡Cállate! Estoy bien, ya deja de molestarme —respondió Hermann, ofuscado, con el rostro colorado entre la ira y la vergüenza.

—¡Oh, pobre hermano mío! ¿Será mal de amores, mami?

—¡Monika, come y cierra la boca! —le ordenó Anja con autoridad, volviendo a ocupar su silla y mirando el rostro compungido de su hijo.

Hermann estaba seguro de que Monika le había contado todo a su madre, pero ésta era muy prudente y difícilmente abordaría el tema en forma directa, sin que su hijo se lo comentara primero. Mucho menos si advertía que ello le provocaba pudor.

A pocas cuadras de allí, también Helena estaba cenando con su padre. Greta normalmente se retiraba por la tarde, antes de la cena, pero ese día fue atípico. Había tenido mucha tarea y se había retrasado, de modo que recién había culminado y preparó sus cosas apresuradamente, para despedirse y partir.

Jan no se sentía bien; también había tenido mucho trabajo ese viernes, incluyendo discusiones con un proveedor, a punto tal que le dolía la cabeza. Era un hombre de pocas palabras, modales bruscos y temperamento irascible. Comieron casi en total silencio, hasta que en un momento disparó un comentario:

—Helena, mañana iré a almorzar a casa de mi amigo Markus. Hace tiempo que no lo veo y le debo una visita, a él y a su familia. Ya arreglé todo, tú vendrás conmigo.

A Helena se le atragantó el bocado. Greta, quien estaba en ese mismo instante con su bolso en la mano, lista para saludar, miró de reojo a la chica sin saber qué decir. Conocedora de la situación y de las expectativas que había despertado en Helena la invitación del galán misterioso, con aquella mirada fugaz supo de inmediato el efecto que esas palabras habían causado. Se arriesgó a intervenir:

—Señor, recuerde que habíamos acordado que mañana al mediodía, después de almorzar, Helena me acompañaría a elegir una pollera. Como ella tiene tan buen gusto para la ropa... —comentó Greta, con cierto temor a la reacción del hombre.

—¿Qué está diciendo, Greta? ¿Cuándo se acordó eso?

—¿No lo recuerda, señor? O tal vez pensé que se lo había dicho.

—Debe haber sido un malentendido —saltó Helena, dirigiéndose a Greta—. Creo que habíamos acordado que finalmente yo se lo diría pero ahora me doy cuenta de que lo olvidé. ¡Qué tonta soy! Papá, me comprometí ante Greta a acompañarla a hacer esa compra mañana al mediodía. Si el día está lindo, también aprovecharemos para dar un paseo.

—No podrá ser. Será otro día —respondió Jan, inflexible.

—Pero, papá...

—Dije que será otro día y se terminó. Es mi última palabra. Lo siento Greta, pero ya le prometí a mi amigo que iría con Helena. Nada sabía acerca de lo que habían hablado entre ustedes. Deberá hacer sola esa compra o esperar a la semana próxima si quiere ir con mi hija.

—Por supuesto, señor —respondió entristecida, al percatarse de que nada más podía hacer para ayudar a la chica.

Pocos minutos después, Greta se despidió de ellos hasta el lunes, saludando a Helena de una manera muy especial, como consolándola. Era posible advertir en la mirada de la chica, a pesar del desconsuelo, un sutil agradecimiento hacia esa buena mujer. Ambos culminaron la cena en silencio y a continuación Helena se encargó de la limpieza de la vajilla.

—Helena, me voy a dormir y es hora de que tú también lo hagas.

—Claro, papá, iré en un momento. Hasta mañana.

—Hasta mañana, hija.

Esa noche, Helena tuvo el sueño entrecortado. No podía resignarse al hecho de tener tanta mala suerte. Esclava de una absoluta impotencia, veía frustrada la cita con aquel muchacho. Debía dejar escapar esa oportunidad de compartir unos momentos a solas con la persona a quien de verdad quería conocer y que se había adueñado de sus pensamientos desde el mismo momento en que lo conoció. Quizá no habría una segunda ocasión, pensaba, mientras observaba el jarrón con las flores y una lágrima se deslizaba por su mejilla. Era la primera lágrima que derramaba a causa de Hermann; lejos estaba de saber que no sería la última.

A juzgar por el profundo suspiro que dio el alemán al llegar a este punto, pudo el padre D'Angelo percatarse de que ese recuerdo adolescente realmente le afectaba. Sin embargo, antes de que pudiera emitir juicio alguno, comprobó que su interlocutor se aprestaba a continuar.

\* \* \* \* \*

### III

#### Encuentro, escena y despedida

Al día siguiente, Hermann saltó de la cama. Se había despertado más temprano de lo que esperaba, sin poder volver a conciliar el sueño. La ansiedad y los nervios le asaltaban. Luego de tomar el desayuno preparado por su madre, salió al patio e intentó distraer la atención con la lectura, sentándose cómodo y acariciado por la luz solar. Pero duró poco; hasta que su hermana apareció en escena. Monika solía despertarse de muy mal humor y esa mañana no era la excepción. Lo mejor era dejarla tranquila, esperando que se le pasara. Los efluvios malhumorados generalmente desaparecían por completo al cabo de una hora o tal vez un poco más, dando paso a los pensamientos malignos y humores sarcásticos, avalados por acciones en tal sentido.

No había culminado aún de sentarse a la mesa cuando avistó a Hermann a pocos metros de allí, sumergido en su mundo, con la mirada un tanto perdida en el libro cuyo contenido seguramente no alcanzaba a comprender por falta de concentración, a juzgar por la ansiedad dibujada en su rostro. De tanto en tanto levantaba la vista al cielo, para verificar que ninguna nube que presagiara lluvia pudiera arruinarle la jornada. Anja, muy conocedora de las actitudes de su hija, adivinó que su intención no era otra que la de mortificar de alguna manera a su hermano, por lo que decidió cortar por lo sano: le ordenó que apenas terminara el desayuno, debía dirigirse a limpiar su cuarto. Y allí empezó la discusión, porque sucedía que desde la muerte de Otto, Monika estaba más rebelde que nunca. La risita de Hermann, alcanzando a escuchar la tarea encomendada por su madre, la enfureció aún más. De todas formas, las discusiones que siguieron y las quejas acompañadas por resoplidos de Monika mientras ordenaba su cuarto, fueron una distracción para Hermann, que no podía dejar de intentar representar en su imaginación, cuando la diversión daba un respiro, el rostro de Helena.

En un momento, mientras Anja permanecía concentrada en sus actividades de costura, Monika llamó con disimulo a su hermano y le habló en voz baja, apurada, en estos términos:

—¿Hoy a la tarde es la cita, no es verdad?

—Monika, eso ya es problema mío. Te agradezco tu ayuda pero ahora...

—¿Dónde y a qué hora? ¿La citaste en la plaza?

—¿Qué te importa?

—¿Cómo que me importa? No olvides que soy tu hermana y debo velar por tu bienestar. Confía en mí.

—No, no, no. Agradezco tu interés, pero despreocúpate. —le acotó Hermann, mientras amagaba dar media vuelta y retirarse.

—Si no me dices la hora y el lugar, le cuento todo a mamá.

—No serás capaz...

—Sabes que sí. Y si con eso no te basta, puedo seguirte y arruinar la cita.

—¡Eso en chantaje!

—Vamos, Hermann. No seas tonto, confía en mí.

—¡Maldición! ¿No puedes dejarme tranquilo aunque sea por una vez?

—Dime y no te arrepentirás.

—No, vas a arruinarlo todo. —le dijo con determinación, pero instantáneamente advirtió que Monika ponía en práctica claros gestos de pretender llamar a la madre.

—No, está bien. Espera, será a las 15 en la plaza. Si Helena llega a ir y me arruinas el encuentro, prometo que será lo último que hagas.

—Hermann, hermanito del alma. No te arrepentirás, lo prometo. Es más, voy a darte una mano en todo este asunto, que jamás olvidarás. Cuento para ello con la ayuda de Ingrid, que está al tanto de todo.

—No, por favor. No me hagas esto. No me digas que le contaste todo a Ingrid.

—¿No quieres que ella también ayude?

—No quiero por nada del mundo a esa loca amiga tuya en el medio. ¿Por qué tuviste que contarle justo a ella? Esto es algo mío, personal, no tenías derecho. Creo que consultarte fue lo peor que pude hacer.

—Tranquilo, Hermann. Prometo que si esa tal Helena se presenta, todo va a salir bien. Lo único que tienes que hacer es seguirle la corriente a Ingrid. Ahora vete, antes de que mamá sospeche. ¡Fuera! Después no será necesario que me lo agradezcas, si no quieres.

Monika propinó a su hermano un empujón, dando por concluida la charla, mientras éste se retiraba mascullando insultos y maldiciones. Pronto llegó la hora del almuerzo. Previamente, Hermann se bañó, acicaló y vistió pun-

tilosamente para la ocasión, contando los minutos que faltaban para la cita. Tanto Anja como Monika sabían que no eran movimientos acostumbrados a esa hora de un sábado, por lo que no era difícil para la madre, ya alertada por la hija, imaginar lo que iría a ocurrir, aunque sonreía para sí misma sin decir una palabra. Monika, también risueña, le dedicaba largas e incisivas miradas a su hermano, al tiempo que se divertía con sus movimientos tan predecibles.

El muchacho se mostraba serio y callado, al igual que la noche anterior, concentrado en su almuerzo y manifestando al culminar su intención de ir a dar un paseo, para estirar las piernas y respirar aire fresco.

—Mira, mamá. El señor Hermann va a estirar las piernas. —exclamó la chica en tono burlón, parándose al lado de Anja y golpeándola suavemente con un codo.

—Déjalo, Monika. Está muy bien que vaya a pasear.

—Claro que está muy bien. ¡Ve a pasear, Hermann! ¡Suerte! ¡Que te diviertas! —lo despidió Monika, con gesto de autosuficiencia y guiñándole un ojo.

El hermano no podía creerlo. Saludó y salió eyectado de su casa, buscando en la calle el refugio de tranquilidad que necesitaba para concentrarse y controlar la ansiedad. Pero el solo hecho de pensar que Monika fuera a presentarse o peor aún, su amiga Ingrid, en nada contribuía a aplacarlo. Caminó un buen rato, dio algunas vueltas y cuando se cansó de caminar decidió esperar en la plaza. Miró el imponente reloj que lucía empotrado en un monumento cercano: eran casi las dos y cuarto, por lo que... ¡faltaban aún cuarenta y cinco minutos! Se sentó a esperar cerca del monumento dejando que el sol, tenue esa tarde, le adormeciera. De tanto en tanto abría los ojos para comprobar que entre los numerosos transeúntes que parecían mirarlo al pasar, no se encontraba el más deseado. Cuando se cansaba de la posición, se levantaba, miraba el reloj y daba una vuelta breve para calmar la zozobra que, una y otra vez, lo apremiaba.

Eran las 14:35 cuando decidió volver a tomar asiento y mirar cómo un grupo de pájaros cantaba y revoloteaba no muy lejos de ese lugar. El tiempo parecía no transcurrir. Pensaba que, al fin y al cabo, estaba allí, consumiéndose en su impaciencia, esperando a una persona que tal vez nunca llegaría. Una mujer mayor, con una bolsa en su mano, captó su atención. Sacando de ella migas de pan, alimentaba a las aves, que revoloteaban ahora a su alrededor en un número cada vez mayor. Miró una vez más el reloj, pero apenas habían pasado otros cinco minutos. Creyó que iba a enloquecer. Enjuició la situación: lo mejor era calmarse, ya faltaba poco. ¿Y si Helena no venía? ¡Qué papelón! ¡Cómo se burlaría Monika! Y hablando de Monika, se cercioró

de que no estuviera agazapada cerca de allí, dirigiendo su vista atentamente en todas direcciones. Aunque conociéndola, seguramente estaría oculta en alguna posición cercana, atenta y siempre al acecho. ¿Y si Helena venía? ¿Qué le diría? Ni siquiera había pensado en ello. Su obsesivo temperamento, tan proclive al automartirio y exigencia, le hacía creer ahora que, después de todo, Monika tenía razón cuando decía que sólo era un proyecto de hombre, un infeliz inmaduro. Cerró los ojos y dejó que la luz solar continuara acariciando su rostro. Puso su mente en blanco, evitando que ningún pensamiento lo perturbara y permaneció así un buen rato. Sólo los ruidos provenientes de las voces de eventuales paseantes, el canto de los pájaros y una brisa repentina impresionaban sus sentidos. Alcanzó a percibir que una voz femenina le susurraba unas palabras al oído. ¡Era el momento soñado! No quería abrir los ojos. Hubiera permanecido así por un lapso interminable. No obstante, no quería dilatar por más tiempo el placer de admirar tan preciosa imagen y los abrió... ¡para encontrarse con la imagen de Monika!, quién lanzando una risotada sonora y grotesca, se burlaba de él una vez más. Entonces se sobresaltó y retornó a la consciencia. ¿Se había adormecido por un momento? Maldijo la situación y el hecho que su hermana no le dejara tranquilo ni en sueños. Se restregó los ojos, bostezó y miró nuevamente el reloj. ¡Las 15! Dirigió su vista disimuladamente hacia un lado y hacia el otro. Nada. Ni rastros de Helena. Tal vez se había retrasado. De antemano ya estaba en sus planes esperarla unos minutos, si hacía falta. Se acomodó la cabellera con las manos, mientras diversos pensamientos asaltaban su mente inquieta. ¿Y si Helena había venido mientras él dormía? ¡Dormirse justo en este momento! ¡Sólo a él podía pasarle!

La mujer ya no estaba pero cada tanto se acercaban aún los pájaros al lugar, buscando restos diseminados del banquete anterior. Eran ya las 15:10. Suficiente. Quizá fuera mejor ponerse de pie, aplacar los ánimos y caminar con paso lento. Si no alcanzaba a divisar a la persona que esperaba, probablemente ya no habría cita. Puso manos a la obra y, en el preciso momento en el que estaba a punto de levantarse de su sitio, escuchó a sus espaldas un tibio saludo:

—Hola. Siento llegar tarde.

—Hola —respondió Hermann con cierta dificultad, al darse vuelta y mientras se pellizcaba disimuladamente el brazo para asegurarse de que no fuera otro sueño.

Pero no. Esta vez era real. Esta vez, Helena estaba allí y no sólo eso, advirtió que estaba tan bella como le había parecido la primera vez o aún más.

Hermann quedó sencillamente petrificado, balbuceando algunos sonidos que no terminaba de articular.

—¿Ya te ibas? —preguntó ella con tono de culpa.

—Eh... no, no, claro que no. Por supuesto que no, sólo quería mirar la hora.

—¿Siempre te pones de pie cada vez que miras el reloj? —acotó con sorna, a punto de reírse.

No pudo culminar la excusa que acababa de inventar. Al darse cuenta de que Helena hacía esfuerzos por no reír, ambos terminaron riendo, situación que sirvió para romper el hielo inicial de aquel encuentro.

—Está bien. Yo tuve la culpa, por retrasarme.

—¿Cómo está tu rodilla?

—Mucho mejor. Apenas un pequeño moretón pero ni siquiera se hinchó. Quería agradecerte por lo que hiciste el otro día.

—Era lo menos que debía hacer.

—Pero no todos lo hacen. Y a propósito, gracias por las flores, son hermosas y... ¡esa nota! Fue muy gentil de tu parte.

—No tienes nada que agradecerme —respondió Hermann, tan sonrojado como Helena—. Quiero... digo... quieres... ¿caminar? —propuso a continuación, después de un instante de silencio.

—Sí. ¿Por qué no? ¡Vamos! —aceptó ella, sonriendo.

Hermann se sentía avasallado por la figura de Helena, quien estaba allí por una absoluta casualidad, ya que la dolencia de su padre había empeorado y sólo por esa razón no tuvo otro remedio que posponer la visita a su amigo Markus. Hasta la forma de hablar y la voz de la chica lo subyugaban. Se sentía un tonto, su pensamiento estaba turbado y era incapaz de articular una frase coherente. Sólo balbuceos, tartamudeos y yerros. Helena, tímida pero tranquila a la vez, advirtió la situación. Lejos de intentar intimidarlo, hablaba tranquilamente, articulando su voz palabra por palabra, como esperando que su interlocutor se calmara. Caminaron unos pasos por el parque cuando a Hermann le pareció que se le detendría el corazón: Ingrid Fischer, la estrafalaria amiga de su hermana, marchaba decidida hacia ellos.

—¡No... puedo... creerlo! —disparó Ingrid, resaltando histéricamente cada palabra, cuando se cruzó con Hermann. La cara de terror del muchacho debió haberlo dicho todo.

Ingrid era amiga de Monika de toda la vida. Tan extrovertida y escandalosa como esta última aunque infinitamente menos maligna, había iniciado

estudios de teatro. Quería llegar a ser una actriz famosa y a pedido de Monika decidió montar una escena allí mismo en el parque, con la intención de ayudar al atribulado Hermann y, de paso, divertirse y poner en práctica su relativo talento artístico. Su disparatada vestimenta, acompañada por un revoltijo de cabellos negros despeinados y un rostro pintarrajeado mediante el uso de un maquillaje elegido con muy mal gusto, completaban lo que en conjunto era una extraña presencia. Conociendo a Ingrid y comprobando una vez más que su hermana había cumplido la amenaza, Hermann creyó que se iba a desmayar. Helena, un tanto conmovida por esa repentina aparición, sintió temor por un instante y rogó a Dios que no fuera una exnovia que se presentaba para montar una escena de celos.

—Hermann, qué gusto me da verte otra vez, después de tanto, tanto, tanto tiempo. —continuó Ingrid, cerrando el puño y los ojos, a la vez que acompañaba con un movimiento de cintura, cada vez que repetía “tanto”, como para darle más énfasis.

—Hola, Ingrid. ¿Qué haces aquí? —masculló entre dientes, al tiempo que perdía su vista en el horizonte con una sonrisa nerviosa.

—¿Eso es todo lo que vas a decir, Hermann? Y veo que estás bien acompañado. ¿No vas a presentarme a tu... ejem... novia? —resaltando esta última palabra como si quisiera recibir una respuesta afirmativa.

Hermann y Helena se miraron y sonrojaron en forma instantánea. La desesperación del muchacho llegó a su punto máximo cuando alcanzó a advertir que Monika, sentada cerca de allí, contemplaba la escena plácidamente, muy divertida. Se juró y perjuró a sí mismo que ésa había sido la última vez que le consultaba algo personal.

—Ella es una amiga de...

—Deja, mejor lo hago yo —interrumpió la futura actriz—. Hola, me presento, soy Ingrid Fischer, amiga de Hermann y de Monika, su hermana. Conozco a este señor desde que éramos niños.

—Hola. Mi nombre es Helena, Helena Staszewska. —respondió la otra chica, todavía sorprendida.

—Helena, mucho gusto. ¿Te parece que este hombre actúe así? Estuve fuera de la ciudad por más de un año. Regresé ayer, me lo encuentro de casualidad aquí y nada. Pero algo me dice que su mente está volando, como si estuviera enamorado. —completó Ingrid, resaltando esta última palabra con un gesto muy particular, abriendo y cerrando los ojos con rapidez y acompañando esa actuación con un acentuado suspiro.

—Ingrid, la única mente que vuela es la tuya. De veras me alegra verte.

Ha sido un gusto —interrumpió Hermann, a modo de despedida.

—¿No quieres que te cuente cómo me ha ido en estos meses?

—En otro momento, ya podrás hablarlo con mi hermana.

—Oye, Helena. ¿Sabes que este bribón me salvó la vida hace años?

—¿Cómo fue eso? —saltó Helena, abriendo los ojos con interés.

—Esto no es necesario, Ingrid.

—¡Tú cállate! Esto es entre mi amiga Helena y yo.

—¿Tu... amiga?

Helena sonreía y miraba a Hermann con expresión de no entender nada pero, de todas formas, la espontaneidad de Ingrid no le caía mal.

—Escucha esto, Helena. Una tarde, hace ya muchos años, íbamos de paseo mis padres, los padres de Hermann, Hermann, Monika y yo. En un momento, Monika, mi amiga, siempre tan cariñosa, quiso hacerme una broma; arrebató entonces de mis manos una muñeca que siempre llevaba conmigo y la arrojó a la calle. Yo fui tras ella, distraída y sin advertir que un carro tirado por caballos se acercaba justo en ese momento. Y allí fue cuando intervino Hermann, el héroe. Intrépido, sin dudarle, saltó a la calle, me tomó por la cintura y me volvió a la vereda. Ambos caímos allí, a salvo, mientras el carro pasaba. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Jamás, pero te digo... jamás... podré olvidar el relincho de esos enormes caballos que me hubieran pasado por encima de no haber sido por la actitud valiente y decidida de... ¡Hermann! —señalándolo mientras culminaba la frase.

—Estás exagerando un tanto, Ingrid —acotó Hermann, tomando ahora un aire de satisfacción interesante, pues ya no veía de tan mala gana la anécdota, especialmente al notar el gesto impresionado de Helena que lo miraba de tanto en tanto, admirada por su arrojito.

—Bien sabes que es verdad —y mirando a Helena continuó, siempre gesticulando y exagerando su ya natural agudo vozarrón—. De modo que le debo la vida y por eso yo a Hermann lo quiero como a un hermano, como a un salvador. Y es por eso también que hasta le perdono que apenas me salude, claro que esta vez está más que justificado.

—Ya está bien, Ingrid.

—Además es algo modesto, pero así es él ¡siempre tan vergonzoso! Sé que jamás me lo confesaría de entrada —continuó dirigiéndose a Helena, en voz baja, como queriendo transmitirle un secreto—. pero si eres... ejem... algo más que una amiga para él y creo por la cara de felicidad de ambos que eso es así, te aseguro que eres muy afortunada.

—¡Ya basta! ¡Fue suficiente! —interrumpió el muchacho.

—¡Ay! Es que, discúlpame Helena, pero yo quiero lo mejor para Hermann y... los veo y la verdad es que hacen tan buena pareja —comentó de apuro, luego del susto que le produjo la última intervención de su amigo, pronunciando rápidamente lo que restaba del aparente libreto por temor a que la determinación de este último no la dejara culminar. Pero culminó, llevándose una mano a los labios y mirando a ambos con actitud de ensueño.

—Ingrid, por favor. Estás incomodando a mi amiga. Me alegro de verte, seguramente vendrás por casa a visitar a Monika. Créeme que allí hablaremos.

—Ni lo dudes. Y está bien, ya que insistes, creo que mejor sigo viaje y los dejo solos. Fue un placer conocerte, Helena. Adiós Hermann, nos estamos viendo y me alegro de que sigas bien —se despidió el proyecto de actriz, continuando viaje y saludando con la mano, de espaldas, mientras caminaba meneando las caderas.

—Adiós, Ingrid —atinó a responder Helena, con una sonrisa genuina a flor de labios.

—¡Qué papelón! Lo lamento tanto. Debes disculparla, es una amiga de mi hermana. Es muy buena persona pero tiene algún problemita.

—No, está bien. No sabía que eras un héroe —comentó risueña.

—Eso fue hace años. Vamos, te pido por favor que olvides esto y continuemos con nuestro paseo.

Mientras caminaban, Helena lo miraba de reojo y sonreía, recordando a Ingrid y la anécdota de los caballos. Por lo menos, parecía que Hermann había salido de su anonadamiento y ya conversaba algo más animado, dejando atrás la timidez y los nervios. El disparate de Ingrid, aunque hubiera sido una deplorable actuación, había servido para darle, sin que lo supiera, un envión anímico. También enriqueció la conversación, pues a cada rato Helena le preguntaba detalles sobre la acción heroica. Por supuesto, Hermann tuvo que inventar, aunque sin salirse demasiado del libreto propuesto por Ingrid, por temor a entrar en contradicciones. Salvó la situación diciendo que eso había ocurrido hacía ya algunos años, por lo que sus recuerdos eran difusos.

Así transcurrió ese encuentro, entre diálogos que ayudaron a que, poco a poco, se fueran conociendo mejor. Helena era alemana, nacida en Berlín pero de ascendencia polaca. Sus padres, oriundos de Cracovia (por aquel entonces anexada al Imperio Austro-Húngaro, pues desde fines del siglo XVIII Prusia, Austria y Rusia se repartieron el territorio de Polonia, que pasó a ser

una región, perdiendo su independencia como país) habían tentado suerte en el Imperio Alemán años atrás y decidieron radicarse allí. Al nacer Helena, la estancia en Berlín se afianzó hasta que la muerte de su madre, acaecida diez años más tarde, puso un manto de dudas sobre aquella decisión. Luego de la tragedia, su padre comenzó a soñar con el regreso a su Cracovia natal, plan que ella deseaba fervientemente que no se llevara a cabo.

La relación con Helena comenzó como una amistad pero ambos supieron desde el primer momento que estaban hechos el uno para el otro. Daban juntos largas caminatas, a veces cuando Hermann regresaba de trabajar, pero especialmente los fines de semana. Conversaban sobre diversos temas, sonriendo, mirándose, aunque siempre bajo la impronta del estilo reservado que imponía el muchacho. Ella, por su parte, era realmente dueña de una gran belleza y, aunque pudorosa, se mostraba bastante más propensa al diálogo que su compañero. De buena estatura, su cabello era castaño rojizo y sus grandes ojos de color celeste, muy claros y resaltados por un par de cejas angostas. Su piel era tan blanca y delicada como la nieve. Su hermosa y fresca sonrisa lucía enmarcada por un par de labios sugestivos. Una nariz pequeña y respingada completaba sus delicadas facciones, que hacían juego con su voz, dulce y melodiosa. Sonrojaba fácilmente y, cuando ello ocurría, el rojo contrastaba con la blancura natural de sus pómulos, ocultando las pecas de color marrón claro que abundaban en sus mejillas. Siendo hija única, sus padres se esmeraron para que recibiera una buena educación, privilegio que a ellos la vida les había negado. Además del alemán, de pequeña había aprendido el idioma polaco, que era el oficial en su casa, a menos que recibieran visitas o huéspedes que no hablaran esa lengua. También sabía algo de francés y quería estudiar dactilografía.

La religión católica era otra de las prioridades que los padres no pasaron por alto en la formación de su hija, que creció en un ambiente fuertemente impregnado en el sentido de la obediencia y la austeridad. Fue ése un punto de largos debates entre Hermann y Helena, pues él, a diferencia de su madre y de su hermana, no sólo no era creyente, sino que además sentía un profundo desprecio por las religiones, aunque se cuidaba de no explicitarlo. En vida, Otto había sido también muy religioso; siempre se preocupó por inculcar estos preceptos en sus hijos aunque, en el caso de Hermann, admitió su fracaso en más de una oportunidad. La infaltable Misa de los domingos constituía un recuerdo tortuoso para el muchacho, algo que los Brietke no habían vuelto a practicar regularmente desde la muerte del padre de familia, si bien Anja y Monika seguían asistiendo en forma esporádica.

Un rasgo característico de la personalidad de Helena, pronto detectado por Hermann, era la inocencia, con una tendencia increíble a creer todo lo que escuchaba, sin la capacidad de diferenciar entre lo que podía ser verdad, una mentira evidente o una broma. En opinión del muchacho, haber creído la actuación de Ingrid durante la primera cita, era todo una prueba de ello. Y hablando de Ingrid, digamos que, a juzgar por los resultados alcanzados, no encontró Hermann demasiados motivos para recriminarle lo que consideraba un mamarracho artístico. Duro en sus juicios, como solía ser, no sólo no le reprochó absolutamente nada sino que hasta apeló a una tibia y fingida felicitación para alentar la carrera de Ingrid, seguida por un agradecimiento. En privado, fue más sincero con Monika, llegando a reprocharle, a ella sí, su excesiva injerencia en sus asuntos, pero nada grave. Para Monika, la actuación había sido excelente y pronosticó que iba a tener que agradecerle eternamente a Ingrid el hecho de haberse presentado en esa cita, y a ella en particular por habersele ocurrido tan genial idea. Intentó continuar la discusión, pidiéndole a Hermann que definiera “mamarracho artístico”, pues en su opinión ninguna manifestación de arte podía merecer tal calificativo. Sin embargo, lejos de pretender enfrascarse en una discusión de tipo intelectual que no le interesaba en absoluto, prefirió irse y dejar a su hermana hablando sola. Después de todo, mamarracho o no, la crítica artística pasaba para él a segundo o tercer plano; lo importante era el resultado y éste había sido aceptable.

El pudor y la fuerte convicción de Helena en los preceptos inculcados por sus padres hacían inviable que las salidas con Hermann, por el momento, se sucedieran en otras actitudes que no fueran el paseo, la charla o comer juntos algún bocado rápido en el parque, lo cual ya era de por sí toda una rebeldía para la mentalidad de la chica. Por ello, al cabo de un tiempo, al culminar una de esas salidas, Hermann la acompañó casi hasta la puerta de su casa y, al despedirse, cuando ella le diera un beso en la mejilla, ambos sintieron que tocaban el cielo con las manos. Como ella se alejó rápidamente, tal vez por vergüenza, desapareciendo de su vista al ingresar en su casa, Hermann se quedó allí parado unos segundos, absorto, sonriendo por momentos y sin entender nada. Empezó el regreso, caminando lentamente como si flotara entre nubes, con ese cosquilleo interno que sólo los adolescentes enamorados son capaces de experimentar. Se convencía a sí mismo de que algo importante acababa de ocurrir. El beso de Helena fue como un bálsamo para su espíritu. Sentía que había despertado en su interior definitivamente la semilla del amor, algo desconocido para él hasta ese dichoso sábado por la mañana, cuando la vio en el piso, tomándose la rodilla.

En las semanas que siguieron, los sentimientos se fueron evidenciando y soltando de a poco. Helena veía en aquel muchacho valiente, inteligente,

introvertido y algo vergonzoso aún, en especial cuando se trataba de avanzar hacia un contacto físico, al amor de su vida. Aunque ninguno de los dos lo manifestaba oficialmente, podía decirse con toda seguridad que la relación había evolucionado hacia un noviazgo bastante serio. Se confiaban secretos, paseaban a menudo largas horas tomados de la mano y todo era felicidad. Hasta comenzaron a planear juntos el futuro, incluyendo un hogar con muchos hijos. Esta etapa en la vida de Hermann era infinitamente placentera y no quería que nada ni nadie la arruinase, pero la peligrosa proximidad de una guerra no formaba parte de esos planes ni tenían conciencia clara de ello.

Una tarde, en aquel parque berlinés que fuera escenario de la primera cita, cuando el sol insinuaba esconderse detrás del horizonte y las flores impregnaban el lugar con sus aromas delicados, ambos se acercaron a un viejo árbol y allí, Hermann notó que estaban lo suficientemente apartados y fuera del alcance de ojos curiosos para mirar a Helena con particular pasión. Uno de los últimos rayos de sol que se reflejó en el rostro de la chica hizo que le pareciera indescriptible y sublime, mientras una brisa suave removía su cabello ondulado y rojizo. Ella sonreía cautiva de esa situación y sin la menor intención de oponer resistencia. Miró fijamente a Hermann, con ojos entrecerrados, al tiempo que éste tomaba firmemente su angosta cintura y ambos acercaron mutuamente sus labios. El beso interminable que siguió, como corolario de ese momento mágico, nunca lo olvidarían.

Antes de que el hechizo se rompiera, el muchacho quiso registrar ese instante inolvidable para siempre en el único testigo que pudo encontrar: el viejo árbol. Con un objeto punzante talló en él la figura de un corazón, las iniciales de sus nombres y la fecha, 11 de mayo de 1914, identificándola como una de las jornadas más felices de su vida. Helena, a su lado, lo miraba y reía, increíblemente feliz. La vida parecía ahora sonreírle a Hermann. Pero mientras su mente trazaba planes de felicidad junto a Helena, ésta comenzó a ser más cauta. Sabía que su padre, lejos de olvidar la idea de volver a Cracovia, estaba cada día más convencido de llevarla a cabo y cuando Jan tomaba una decisión, rara vez se echaba atrás. La opinión de su hija, en estos casos, tenía un peso muy relativo para él; esto iba en serio. De hecho, había comenzado a buscar compradores para la casa desde hacía un tiempo, en forma solapada, para evitar tediosas discusiones con su hija.

El inocente Hermann, ajeno a los planes de mudanza de Jan, sólo pensaba en Helena y la suerte que había tenido en conocerla. Era la imagen de esa chica la que provocaba que su despertar fuera dulce, que marchara a trabajar contento todas las mañanas y hasta que considerara seriamente el regreso a la escuela. En los momentos de mayor éxtasis, se animaba a planificar en su

mente un futuro auspicioso con ella, a quien quería con más y más devoción a medida que pasaban los días. En su imaginación, se veía como un padre de familia y trabajador infatigable, que regresaría cada tarde a su hogar para encontrarse con su gran amor, la madre de sus hijos, que lo atendería como corresponde. Faltaba definir, eso sí, una profesión o un oficio y en ese sentido el de electricista tenía chances concretas, muchas más que el del comercio. La tienda de antigüedades, la cual Hermann no quería ni recordar, había sido totalmente descartada. En sus delirantes derroches de fastuosa felicidad solía construir la imagen de su madre Anja, convertida en una orgullosa abuela. De la misma manera, ya había decidido que en ese futuro tan auspicioso mantendría a sus hijos lo más alejado posible de la perniciosa influencia de la tía Monika. En cuanto a sus tíos Karl y Hanna, si podían no conocerlos, mejor. El primer hijo varón sería violinista, como él; la primera hija, costurera, como su abuela y su tía. Incluso conservaría la tienda de antigüedades, por si alguno de ellos o hijos subsiguientes quisieran dedicarse a ese rubro, que él en particular detestaba. Muy bien, todo parecía resuelto. Por momentos, el mismo Hermann se sorprendía de cuán lejos había llegado en sus fantasías y trataba de volver a poner los pies sobre la tierra.

Pero claro, un buen día, de buenas a primeras, llegó la noticia más temida por Helena, la noticia fatal. El comprador de la casa de Jan finalmente apareció e inútiles fueron los ruegos y los llantos de la chica. Lógicamente, la noticia le cayó como un balde de agua fría a Hermann, que vio pronto sus sueños hechos añicos, sin haber tenido siquiera un aviso previo, pues Helena, aunque conocía las intenciones de su padre, esperaba que dicha decisión de vender la casa se dilatará por un buen tiempo y nada había mencionado del asunto a su novio. Desesperado, el muchacho llegó a proponerle que huyera de su casa y se alojara en la suya. Para Helena, era un laberinto sin salida: por un lado, sabía que alejarse de Hermann haría que probablemente lo perdiera para siempre. Por el otro, resultaba impensable que Jan le permitiera quedarse en Berlín y en casa de un desconocido; de plantearlo, sólo cabría esperar su ira, la negación absoluta del permiso y hasta una severa reprimenda. ¿Escaparse? ¡Ni soñarlo! Aunque tuviera éxito, si algo le ocurría a su padre por culpa de ella, jamás se lo perdonaría a sí misma. Al menos por el momento, no había otra solución más que adecuarse a los caprichos del destino e intentar soportar lo insostenible.

Los días que siguieron fueron de enorme tensión y pena. Hermann no se resignaba a que todo terminara así. Helena percibía que él la miraba de otra forma, como reprochándole el hecho de no tener la valentía suficiente para patear el tablero y comenzar otra vida distinta, junto a él, que la amaría y cuidaría como nadie. ¿Quién la cuidaría más que él? ¿Quién la protegería y la

amaría más que él? A lo sumo igual pero más, nadie, pensaba amargamente. Sin embargo, por más vueltas que le diera al asunto, éste lo superaba. Todo argumento era inútil; nada podía hacer. Ya el sueño no era tan placentero ni podía concentrarse en el trabajo todo lo deseable. Maldijo al destino que le daba y le quitaba. ¿Qué sentido tendría ahora la vida si lo más valioso que había conseguido lo perdía irremediablemente y no podía controlarlo?

Los días se sucedían con una rapidez increíble, pareciéndole el paso del tiempo un verdugo que afilaba su cuchilla sin cesar, mientras lo miraba de reojo. Y así llegó el día anterior a la partida, el día en el que se verían, quizá, por última vez. A Hermann no le quedó otra alternativa que aceptar la situación. Lloraron juntos, se besaron y abrazaron. Juraron que volverían a reunirse y harían lo imposible para que ese momento llegase cuanto antes.

Helena le obsequió un pequeño pañuelo blanco, con bordados, impregnado en su perfume favorito, para que lo conservara y siempre la recordara. Para Hermann, pasó a ser desde ese momento un objeto preciado y retribuyó el gesto. Sacó de su bolsillo un pequeño envoltorio verde, que cobijaba el antiguo reloj de oro, legado de su padre, junto con su cadena.

—Quiero que conserves este reloj —le dijo—. Yo haré lo propio con la cadena. Confiamos en que se reunirán nuevamente en el futuro. Sabes el valor que para mí tiene este objeto pero, comparado contigo, no significa nada... ¡Nada! Cuando ellos estén juntos otra vez, el reloj y la cadena, entonces no nos separaremos jamás. ¿Prometemos eso al menos?

La emoción que embargó a Helena en aquel momento le impidió poder mencionar palabra alguna por unos segundos, apenas ensayar un vacilante gesto afirmativo. Sintió un vacío en el estómago que, de a poco, se apoderaba de todo su cuerpo.

—No, Hermann, no puedo aceptar esto. Es demasiado —reaccionó la chica, mientras cerraba los ojos llorosos, juntando su frente con la del muchacho y tomándole su cara con ambas manos.

—Sí, claro que puedes, claro que puedes. Puedes y debes hacerlo, te lo ruego. Tal es la confianza y el amor que siento por ti. Presiento que nuestra felicidad depende de que estos dos objetos vuelvan a reunirse y no permitiré que nada la arruine. Sólo necesito un poco de tiempo y te prometo que volveremos a estar juntos. ¡Para siempre! ¡Algo se me va a ocurrir!

Hermann insistió una y otra vez. Finalmente, Helena le rogó que en lugar del reloj le confiara la cadena. Sentía que de esa manera ella estaría más tranquila, pues en su imaginación el reloj significaba mucho más que la cadena. Cuando Hermann viera el reloj, recordaría con más fuerza tanto a ella como a su padre. Parecía un trato justo. Como a Hermann le pareció lógico, se con-

formó y así lo hicieron. Helena guardó la cadena dentro del envoltorio verde, que disimuló entre su ropa. Hermann guardó en su bolsillo, con resignación, el reloj.

Caminaron unas cuerdas, cabizbajos y tomados de la mano, para arribar finalmente a la casa que hasta ese momento había sido propiedad del padre de su querida novia. Los detuvo la gruesa verja de hierro, pintada de verde, que se alzaba sobre el tapial blanco. Unos cinco metros más atrás, aparecía la puerta de metal y, a su lado, una enorme ventana, que era la del cuarto de Helena. Se miraron un instante más, en silencio, pero esa muda y significativa comunicación pronto se vio interrumpida cuando Jan, que estaba en aquel momento espionando hacia la calle, de pronto abrió la puerta y llamó a su hija, secamente. Necesitaba que Helena le ayudara a terminar con los preparativos de la mudanza. La chica, sollozando, miró a Hermann por última vez, como implorando que la perdona, pues no había más alternativa. Le soltó la mano, dio media vuelta mientras secaba sus lágrimas y entró rápido en la casa.

Jan se quedó mirando al muchacho por un momento, con gesto adusto. Al fin Hermann podía conocerlo. Era un hombre de estatura mediana, algo regordete y semicalvo. El cabello crespo que lucía sólo a ambos costados de la cabeza, era de color rojizo. Un espeso bigote, rodeado de una barba a medio crecer, hacía juego con el pelo. Vestía pantalón gris y tiradores del mismo color, con camisa celeste y cuello abierto. A primera vista, a Hermann esa figura humana le pareció algo grotesca y no presentaba parecido alguno con Helena que, por fortuna, habría heredado los rasgos de la madre. Como sea, ese pensamiento no tenía ya ninguna importancia y mientras Jan se quitaba el cigarro de la boca, cerró la puerta con un golpe abrupto y sonoro, como queriendo cerrar también las esperanzas de aquel extraño que lo observaba con gesto un tanto desafiante y que había osado cortejar a su hija, quien encontraría en Cracovia un muchacho a su medida.

Ese 28 de junio de 1914 no sólo fue un día fatídico para Hermann y Helena en particular, a causa de la despedida, sino también para el mundo. En Sarajevo, capital de Bosnia, en los Balcanes de Europa oriental, el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono del Imperio Austro-Húngaro, caía asesinado en un atentado junto con su esposa, la archiduquesa Sofía, durante una visita oficial que ese día realizaban a la ciudad. El asesino, un joven de nombre Gavrilo Princip, pertenecía a una organización terrorista avalada por Serbia y, aunque podría haber parecido un crimen más, el de Sarajevo resultó ser la mecha que desencadenaría la Primera Guerra Mundial.

Francisco José, emperador de Austria-Hungría y tío del archiduque asesinado, envió al gobierno de Serbia un “ultimátum”, el cual fue aceptado en

casi todos sus puntos, excepto en unos pocos. En consecuencia, justo un mes después del atentado, Austria-Hungría, que quería escarmentar a Serbia, le declaró la guerra. El Imperio Ruso, que era aliado de esta última, así como de todos los pueblos eslavos de Europa oriental, acudió de inmediato en su auxilio. Por su parte, el káiser Guillermo II dejó en claro a Rusia que, de salir en defensa de Serbia, Alemania haría lo propio con su aliada Austria-Hungría y cumplió con su palabra. Francia y Gran Bretaña no dudaron en auxiliar de inmediato al Imperio Ruso, en virtud del Tratado de la Triple Entente y, cuando el mundo se quiso acordar, el 5 de agosto de 1914 comenzó formalmente la Primera Guerra Mundial, un conflicto de dimensiones tan colosales como desconocidas hasta ese momento, a punto tal que también se lo conoce como la “Gran Guerra”. Los sucesivos errores y ambiciones imperialistas de las potencias europeas, acumulados durante décadas, habían creado una nueva caja de Pandora, que ahora el detonante de Sarajevo acababa de abrir. Un manto siniestro de oscuridad y sangre estaba listo para ser desplegado, cubriendo en mayor o menor medida a todo el planeta.

Con el avance del conflicto, nuevos países se irían sumando a ambos bandos: el Imperio Otomano y el Reino de Bulgaria a la Triple Alianza; Canadá, Australia y Nueva Zelanda a la Triple Entente. Además, las potencias pronto comenzarían a incorporar soldados provenientes de las colonias de ultramar, para compensar las cuantiosas pérdidas en las trincheras, alimentando un gigantesco baño de sangre, cuya magnitud el mundo jamás había visto.

En la cocina de don Hermann, el padre D'Angelo había escuchado con atención el relato del alemán, que ahora había hecho un alto para que ambos se tomaran un respiro. El religioso se mostraba ansioso y, casi sin pensarlo, emitió la siguiente pregunta:

—¿Conserva usted en su poder la cadena y el reloj?

—¿Acaso le he dicho que ambos se volvieron a reunir en algún momento? —respondió el alemán, un tanto fastidiado.

—No, por cierto no. Lo siento, era sólo curiosidad, pero veo que me anticipé. De todas formas, creo que ya me respondió.

—¿Por qué? ¿Acaso le he dicho que nunca se han vuelto a reunir?

—La verdad, tampoco. Olvídelo, don Hans. Me siento un tonto.

—Todo a su tiempo —finalizó el alemán, respondiendo pausada y fríamente, tornando su aparente ira hacia un gesto que ahora se mostraba entre adormecido y distante.

Como el cura adoptó un visaje que su interlocutor interpretó como la antesala de una nueva pregunta, prefirió este último cortar por lo sano.

—¿Quiere pasar al baño y refrescarse, padre? Si es así, adelante. Un respiro nos vendrá bien a ambos. —exclamó, indicándole el camino con un gesto cortés.

—Sí, creo que sí. Con su permiso, enseguida regreso.

En la soledad del cuarto de baño, el cura se lavó la cara con abundante agua tibia, la secó y se miró en el espejo por unos segundos en los que permaneció inmóvil, contemplándose atónito a sí mismo. Aunque no lo percibiera, no había logrado salir aún del estado de shock emocional que sumado a la tensión de un relato contado con absoluta vehemencia y detalle, lo había dejado extenuado. Además, se sentía culpable por el infantilismo de apurar los tiempos y que don Hans o, mejor dicho, don Hermann, le contara qué había pasado con ese reloj y su cadena. Respetar los tiempos era fundamental para que su atormentado vecino sintiera confianza y culminara su relato. Sin embargo, no pasó por alto la actitud del germano ni sus secas y altaneras respuestas y notaba que había algo distinto en su personalidad, no era el mismo de siempre. Por momentos se mostraba sensible y anímicamente destrozado pero al rato parecía recuperar los bríos, para mostrarse altivo. ¿Cuál era el verdadero don Hans? No don Hans, don Hermann. Tenía que acostumbrarse a llamarlo por su nuevo nombre, aunque no estaba seguro de poder lograrlo. ¿Este comportamiento aparentemente anómalo sería el producto de su actual estado emocional, o sería su conducta normal y habría estado fingiendo todos estos años? Si así fuere, evidentemente lo había hecho muy bien.

El rostro del padre D'Angelo denotaba cansancio, sus ojos estaban enrojecidos y su tez, pálida y tensa. Había visto y escuchado muchas cosas durante sus años como sacerdote, pero esto era especial y debía reconocer que estaba muy confundido, tratando de digerir como fuera posible la información que le llegaba a borbotones, agobiándolo por completo.

Ya de regreso en la cocina, aceptó ahora de buen grado una pequeña copa del coñac que don Hermann siempre tenía guardado para beber con visitas, en ocasiones que así lo ameritaran, no sin antes engañar al estómago con un poco de queso y aceitunas, fruto de una fugaz incursión del alemán por su heladera. Ambos estaban inapetentes pero hicieron un esfuerzo para evitar que el alcohol les jugara una mala pasada. Al recobrar el aliento y notar cierta ansiedad en el rostro del cura, el alemán encendió un cigarrillo y se aprestó por fin a reanudar la charla.

\* \* \* \* \*

## IV

### Primera Guerra Mundial

Luego de la muerte de su padre, Hermann había logrado encaminar su vida en el plano laboral, no sin esfuerzos, proceso que se vería seriamente amenazado por el estallido de la Primera Guerra Mundial, que fue sin dudas una desgracia de colosales dimensiones para la humanidad, y dado el progreso de los hechos y las ambiciones en juego, resultó prácticamente inevitable. Unos 65 millones de soldados participaron en el conflicto, que arrojó un saldo de casi 10 millones de muertos y 20 millones de heridos de distinta gravedad. No obstante, acababa de sufrir un duro revés en el plano sentimental, del cual no estaba totalmente recuperado. En referencia a la partida de Helena, pasó por sucesivos estados emocionales: sintió de entrada una enorme impotencia, a ello siguió una etapa de tristeza, vacío y melancolía, donde la extrañaba enormemente y sobretodo a los habituales paseos, su rostro, su sonrisa, su perfume y su voz. Manifestaba estos sentimientos en los acordes provenientes de su violín que, ahora más que nunca, sentía que era su único confidente. Para colmo, ni siquiera sabía la nueva dirección de Helena, quien apenas alcanzó a decirle que estarían un tiempo en casa de un pariente de Jan, en Cracovia, hasta conseguir una vivienda adecuada y definitiva, pero que se pondría en contacto en cuanto pudiera.

El temperamento reservado de Hermann le inhibía tocar estos temas con otra persona. Monika, a pesar de sus acostumbrados sarcasmos, estaba al tanto de la situación y guardaba al respecto un prudente y respetuoso silencio. Anja, que ni siquiera había conocido de vista a Helena, también conocía la desventura amorosa de su hijo y sentía en su alma el dolor por el que estaría pasando, pero se mostraba mucho más preocupada o mejor dicho aterrada por la evolución del conflicto bélico y lo que ello pudiera significar para el futuro de su muchacho.